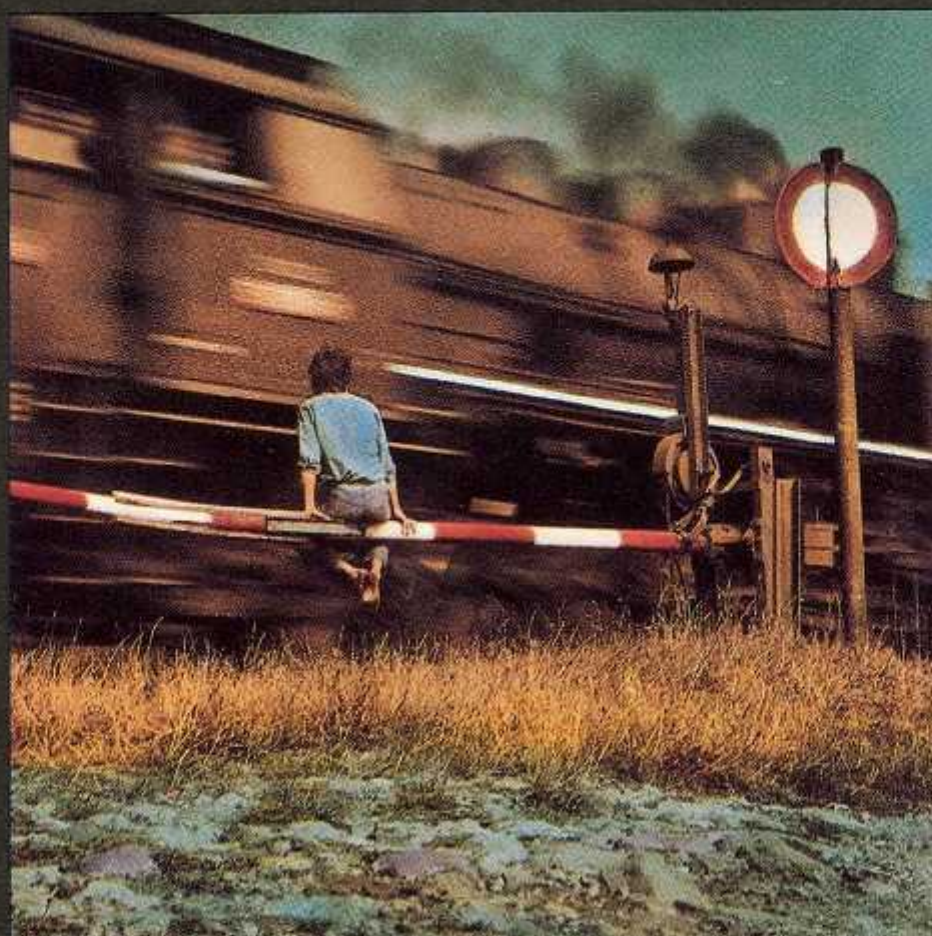


Daniel Pennac



Como una novela



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Daniel Pennac

Como una novela

Traducción de Joaquín Jordá

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original: Comme un roman
@ Éditions Gallimard París, 1992

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración: fotografía @ Jan Saudek (detalle)

Primera edición: abril 1993

Segunda edición: junio 1993

Tercera edición: octubre 1993

Cuarta edición: abril 1995

Quinta edición: noviembre 1996

Sexta edición: octubre 1998

Séptima edición: diciembre 1999

Octava edición: noviembre 2001

EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1993 Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1367-0 Depósito Legal: B. 45683-2001

Printed in Spain

Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

*Para Franklin Rist,
gran lector de novelas
y novelesco lector.*

A la memoria de mi padre,
y en el recuerdo cotidiano
de Frank Vlieghe.

I. Nacimiento del alquimista	6
1	7
2	8
3	9
4	10
5	11
6	12
7	14
8	16
9	18
10	19
11	20
12	21
13	22
14	23
15	25
16	27
17	28
18	29
19	30
20	32
21	34
22	35
23	36
24	39
II. Hay que leer (el dogma)	40
25	41
26	42
27	43
28	44
29	45
30	47
31	48
32	49
33	50
34	51
35	52
36	53
37	55
38	56
39	57
40	58
41	59

III. Dar de leer	61
42.....	62
43.....	64
44.....	66
45.....	67
46.....	68
47.....	69
48.....	71
49.....	72
50.....	73
51.....	74
52.....	76
53.....	77
54.....	80
55.....	81
56.....	82
57.....	84
IV. El Cómo se leer (o los derechos imprescriptibles del lector).....	85
1.....	86
2.....	88
3.....	90
4.....	92
5.....	93
6.....	95
7.....	96
8.....	98
9.....	99
10.....	101

I. Nacimiento del alquimista

1

El verbo leer no soporta el imperativo. Aversión que comparte con otros verbos: el verbo «amar»..., el verbo «soñar»...

Claro que siempre se puede intentar. Adelante: «¡Ámame!» «¡Sueña!» «¡Lee!» «¡Lee! ¡Pero lee de una vez, te ordeno que leas, caramba!»

—¡Sube a tu cuarto y lee!

¿Resultado? Ninguno.

Se ha dormido sobre el libro. La ventana, de repente, se le ha antojado inmensamente abierta sobre algo deseable. Y es por ahí por donde ha huido para escapar al libro. Pero es un sueño vigilante: el libro sigue abierto delante de él. Por poco que abramos la puerta de su habitación le encontraremos sentado ante su mesa, formalmente ocupado en leer. Aunque hayamos subido a hurtadillas, desde la superficie de su sueño nos habrá oído llegar.

—¿Qué, te gusta?

No nos dirá que no, sería un delito de lesa majestad. El libro es sagrado, ¿cómo es posible que a uno no le guste leer? No, nos dirá que las descripciones son demasiado largas.

Tranquilizados, volveremos a la tele. Es posible incluso que esta reflexión suscite un apasionante debate colectivo...

—Las descripciones le parecen demasiado largas. Hay que entenderlo, desde luego estamos en el siglo de lo audiovisual, los novelistas del XIX tenían que describirlo todo...

—¡Eso no es motivo para dejarle saltarse la mitad de las páginas!

No nos cansemos, ha vuelto a dormirse.

2

Mucho más inconcebible esta aversión por la lectura si pertenecemos a una generación, a una época, a un medio, a una familia en los que la tendencia era más bien la de impedirnos leer.

–¡Venga, deja de leer, que te vas a quedar sin vista!

–Más vale que salgas a jugar, hace un tiempo estupendo.

–¡Apaga la luz! ¡Es tarde!

Sí, siempre hacía demasiado buen tiempo para leer, y de noche estaba demasiado oscuro.

Fijémonos en que se trata de leer o no leer, el verbo ya era conjugado en imperativo. En el pasado ocurría lo mismo. De manera que leer era entonces un acto subversivo. Al descubrimiento de la novela se añadía la excitación de la desobediencia familiar. ¡Doble esplendor! ¡Oh, el recuerdo de aquellas horas de lecturas clandestinas debajo de las mantas a la luz de la linterna eléctrica! ¡Qué veloz galopaba Ana Karenina hacia su Vronski a aquellas horas de la noche! ¡Ya era hermoso que aquellos dos se amaran, pero que se amaran en contra de la prohibición de leer todavía era más hermoso! Se amaban en contra de papá y mamá, se amaban en contra del deber de mates por terminar, en contra de la «redacción» que entregar, en contra de la habitación por ordenar, se amaban en lugar de sentarse a la mesa, se amaban antes del postre, se preferían al partido de fútbol y a la búsqueda de setas..., se habían elegido y se preferían a todo... ¡Dios mío, qué gran amor! y qué corta era la novela.

3

Seamos justos: no se nos ocurrió inmediatamente imponerle la lectura como deber. En un primer momento sólo pensamos en su placer. Sus primeros años nos llevaron al estado de gracia. El arrobamiento absoluto delante de aquella vida nueva nos otorgó una suerte de talento. Por él, nos convertimos en narradores. Desde su iniciación en el lenguaje, le contamos historias. Era una cualidad que no conocíamos en nosotros. Su placer nos inspiraba. Su dicha nos daba aliento. Por él, multiplicamos los personajes, encadenamos los episodios, ingeniamos nuevas trampas... Igual que el viejo Tolkien a sus nietos, le inventamos un mundo. En la frontera del día y de la noche, nos convertimos en su novelista.

Si no tuvimos ese talento, si le contamos las historias de los demás, e incluso bastante mal, buscando nuestras palabras, deformando los nombres propios, confundiendo los episodios, juntando el comienzo de un cuento con el final de otro, no tiene importancia... E incluso si no contamos nada en absoluto, incluso si nos limitamos a leer en voz alta, éramos su novelista, el narrador único, por quien, todas las noches, se metía en los pijamas del sueño antes de fundirse debajo de las sábanas de la noche. Más aún, éramos el Libro.

Acordaos de aquella intimidad, tan poco comparable.

¡Cómo nos gustaba asustarle por el puro placer de consolarle! ¡Y cómo nos reclamaba ese susto! Tan poco ingenuo, ya, y sin embargo temblando de pies a cabeza. Un auténtico lector, en suma. Ésa era la pareja que formábamos entonces, él el lector, ¡oh, qué pillo!, y nosotros el libro, ¡oh, qué cómplice!

4

En suma, le enseñamos todo acerca del libro cuando no sabía leer. Le abrimos a la infinita diversidad de las cosas imaginarias, le iniciamos en las alegrías del viaje vertical, le dotamos de la ubicuidad, liberado de Cronos, sumido en la soledad fabulosamente poblada del lector... Las historias que le leíamos estaban llenas de hermanos, de hermanas, de parientes, de dobles ideales, escuadrillas de ángeles de la guarda, cohortes de amigos tutelares encargados de sus penas, pero que, luchando contra sus propios ogros, encontraban también ellos refugio en los latidos inquietos de su corazón. Se había convertido en su ángel recíproco: un lector. Sin él, su mundo no existía. Sin ellos, él permanecía atrapado en el espesor del propio. Así descubrió la paradójica virtud de la lectura que consiste en abstraernos del mundo para encontrarle un sentido.

De esos viajes, volvía mudo. Era la mañana y había otras cosas que hacer. A decir verdad, no intentábamos saber lo que había obtenido allí. Él, inocentemente, cultivaba este misterio. Era, como se dice, su universo. Sus relaciones privadas con Blancanieves o con cualquiera de los siete enanitos pertenecían al orden de la intimidad, que obliga al secreto. ¡Gran placer del lector, este silencio de después de la lectura!

Sí, le enseñamos todo acerca del libro.

Abrimos formidablemente su apetito de lector. ¡Hasta el punto, acordaos, hasta el punto de que *tenía prisa por aprender a leer!*

5

¡Qué pedagogos éramos cuando no estábamos preocupados por la pedagogía!

6

Todavía media hora hasta la cena. Un libro es algo extraordinariamente compacto. No se deja mermar. Parece, además, que arde con mucha dificultad. Ni siquiera el fuego consigue meterse entre sus páginas. Falta de oxígeno. Todas las reflexiones que se hace al margen. Y sus márgenes son inmensos. Un libro es espeso, es compacto, es denso, es un objeto contundente. ¿Qué diferencia hay entre la página cuarenta y ocho y la ciento cuarenta y ocho? El paisaje es el mismo. Recuerda los labios del profe al pronunciar el título. Oye la pregunta unánime de los compañeros:

—¿Cuántas páginas?

—Trescientas o cuatrocientas...

(Embustero...)

—¿Para cuándo?

El anuncio de la fecha fatídica desencadena un concierto de protestas:

—¿Quince días? ¡Cuatrocientas páginas (quinientas) en quince días! ¡Pero es imposible, señor!

El señor no negocia.

Un libro es un objeto contundente y es un bloque de eternidad. Es la materialización del tedio. Es el libro. «El libro.» Jamás lo nombra de otra manera en sus disertaciones: el libro, un libro, los libros, unos libros.

«En su libro *Pensamientos*, Pascal dice que...»

Por mucho que el profe proteste en rojo anotando que ésa no es la denominación correcta, que hay que hablar de una novela, de un ensayo, de una colección de cuentos, de poemas, que la palabra «libro», en sí, en su aptitud para designar todo, no expresa nada concreto, que una guía telefónica es un libro, al igual que... y ahí le tenemos, adolescente encerrado en su cuarto, delante de un libro que no lee.

Todos sus deseos de estar en otra parte crean entre él y las páginas abiertas una pantalla glauca que enturbian los renglones. Está sentado ante la ventana, la puerta cerrada a su espalda. Página 48. No se atreve a contar las horas pasadas a la espera de esta página cuarenta y ocho. El libro tiene exactamente cuatrocientas cuarenta y seis. O sea quinientas. ¡500 páginas! Si tuviera diálogos, pase. ¡Qué va! Páginas llenas de renglones comprimidos entre márgenes minúsculos, párrafos negros amontonados entre sí, y, aquí y allí, el favor de un diálogo: un guion, como un oasis, que indica que un personaje habla con otro personaje. Pero el otro no le contesta. ¡Sigue un bloque de doce páginas! ¡Doce páginas de tinta negra! ¡Te ahogas! ¡Oh, cómo te ahogas! ¡Putá, joder, mierda! Suelta tacos. Lo siente, pero suelta tacos. ¡Putá, joder, mierda de coño de libro! Página cuarenta y ocho... ¡Si se acordara, por lo menos, del contenido de las cuarenta y siete primeras! Ni siquiera se atreve a plantearse la pregunta, que, inevitablemente, le plantearán. Ha caído la noche de invierno. De las profundidades de la casa sube hasta él la sintonía del telediario.

Nada que hacer, la palabra se impondrá de nuevo a su pluma en su siguiente redacción:

«En su libro *Madame Bovary*, Flaubert nos dice que...»

Porque, desde el punto de vista de su soledad presente, un libro es un libro. Y cada libro pesa

su peso de enciclopedia, de aquella enciclopedia con tapas de cartón, por ejemplo, cuyos volúmenes deslizaban debajo de sus nalgas cuando era niño para que estuviera a la altura de la mesa familiar.

Y el peso de cada libro es de los que tiran de espaldas. Él se ha sentado en su silla relativamente ligero hace un instante: la ligereza de las decisiones tomadas. Pero, al cabo de unas páginas, se ha sentido invadido por esa pesadez dolorosamente familiar, el peso del libro, peso del tedio, insoportable fardo del esfuerzo inalcanzado.

Sus párpados le anuncian la inminencia del naufragio.

El escollo de la página 48 ha abierto una vía de agua debajo de su línea de resoluciones.

El libro le arrastra.

Zozobran.

7

Mientras tanto abajo, alrededor de la tele, el argumento de la televisión corruptora gana adeptos:

–La estupidez, la vulgaridad, la violencia de los programas... ¡Es increíble! Ya no se puede enchufar la tele sin ver...

–Dibujos animados japoneses... ¿Habéis visto alguna vez los dibujos animados japoneses?

–No es solamente una cuestión de programa... Es la tele en sí..., esa facilidad..., esa pasividad del telespectador...

–Sí, enchufas, te sientas...

–Haces zapping...

–Esa dispersión.

–Por lo menos permite evitar los anuncios.

–Ni siquiera eso. Han sincronizado los programas.

–Dejas un anuncio para caer en otro.

–¡A veces sobre el mismo!

De repente, silencio: brusco descubrimiento de uno de esos territorios «consensuales» iluminados por el deslumbrante resplandor de nuestra lucidez adulta.

Entonces, alguien, a media voz:

–¡Leer, desde luego, es otra cosa, leer es un acto!

–Está muy bien lo que acabas de decir, leer es un acto, «el acto de leer», es muy cierto...

–Mientras que la tele, e incluso el cine si nos paramos a pensarlo..., en una película todo está dado, nada se conquista, todo está masticado, la imagen, el sonido, los decorados, la música de fondo en el caso de que no se entendiera la intención del director...

–La puerta que chirría para indicarte que es el momento de morirte de miedo...

–En la lectura hay que *imaginar* todo eso... La lectura es un acto de creación permanente.

Nuevo silencio.

(Entre «creadores permanentes», esta vez.)

Luego:

–Lo que a mí me sorprende es el promedio de horas que pasa un chiquillo delante de la tele en comparación con las horas de lengua en la escuela. Leí unas estadísticas sobre eso.

–¡Debe ser escalofriante!

–Una por cada seis o siete. Sin contar las horas que pasa en el cine. Un niño (no me refiero al nuestro) pasa una media (media mínima) de dos horas al día delante de la tele y de ocho a diez durante el fin de semana. O sea un total de treinta y seis horas por cinco horas de lengua semanales.

–Evidentemente, la escuela no funciona.

Tercer silencio.

El de los abismos insondables.

8

En suma, habrían podido decirse muchas cosas para medir la distancia que hay entre el libro y él.

Las dijimos *todas*.

Que la televisión, por ejemplo, no es la única culpable.

Que las décadas transcurridas entre la generación de nuestros hijos y nuestra propia juventud de lectores han tenido el efecto de siglos.

De manera que, si bien nos sentimos psicológicamente más próximos a nuestros hijos de lo que nuestros padres lo estaban con respecto a nosotros, seguimos estando, intelectualmente hablando, más próximos a nuestros padres.

(Aquí, controversia, discusión, puntualización de los adverbios «psicológicamente» e «intelectualmente». Refuerzo de un nuevo adverbio):

–*Afectivamente* más próximos, si prefieres.

–¿Efectivamente?

–No he dicho efectivamente, he dicho afectivamente.

–En otras palabras, estamos afectivamente más próximos a nuestros hijos, pero efectivamente más próximos a nuestros padres, ¿no es eso?

–Es un «hecho social». Una acumulación de «hechos sociales» que podrían resumirse en que nuestros hijos son también hijos e hijas de su época mientras que nosotros sólo éramos hijos de nuestros padres.

–¿...?

–¡Claro que sí! De adolescentes, no éramos los clientes de nuestra sociedad. Comercial y culturalmente hablando, era una sociedad de adultos. Ropas comunes, platos comunes, cultura común, el hermano pequeño heredaba los trajes del mayor, comíamos el mismo menú, a las mismas horas, en la misma mesa, dábamos los mismos paseos el domingo, la tele unía a la familia en una única y misma cadena (mucho mejor, además, que todas las de hoy), y, en materia de lectura, la única preocupación de nuestros padres era colocar determinados títulos en estantes inaccesibles.

–En cuanto a la generación anterior, la de nuestros abuelos, prohibía pura y simplemente la lectura a las chicas.

–¡Es cierto! Sobre todo la de novelas: Da imaginación, «la loca de la casa». Eso es malo para el matrimonio...

–Mientras que hoy... los adolescentes son clientes de pleno derecho de una sociedad que los viste, los distrae, los alimenta, los cultiva; en la que florecen los macdonalds, los burgers y las boutiques de moda. Nosotros íbamos a guateques, ellos a discotecas, nosotros leíamos un libro, ellos se rodean de cassettes... A nosotros nos gustaba comulgar bajo los auspicios de los Beatles, ellos se encierran en el autismo del walkman... Se ve incluso esa cosa increíble de barrios enteros confiscados por adolescentes, gigantescos territorios urbanos entregados a sus vagabundeos.

–Aquí, evocación del Beaubourg.¹

Beaubourg...

La Barbarie-Beaubourg...

¡Beaubourg, la visión hormigueante, Beaubourg –el vagabundeo, la droga, la violencia... –
Beaubourg, y la llaga del RER... el Agujero de Les Halles.

–¡De donde surgen las hordas iletradas al pie de la mayor biblioteca pública de Francia!

Nuevo silencio..., uno de los más hermosos: el del «ángel paradójico».

–¿Tus hijos frecuentan el Beaubourg?

–Rara vez. Por suerte vivimos en el Quince. Silencio...

Silencio...

–En fin, que ya no leen.

–No.

–Demasiado solicitados por otras cosas.

–Sí.

¹ Beaubourg: en sentido estricto el Centre National Pompidou, y en sentido amplio, el barrio que lo alberga; el RER: línea de metro que une el centro con la periferia; y Les Halles: antiguo Mercado Central de París, el nombre anterior del barrio. (*N. del T.*)

9

Y cuando no es el proceso de la televisión o del consumo a secas, es el de la invasión electrónica; y cuando no es culpa de los juguetitos hipnóticos, es de la escuela: el aprendizaje aberrante de la lectura, el anacronismo de los programas, la incompetencia de los maestros, lo viejas que son las instalaciones, la falta de bibliotecas.

¿Qué más falta?

¡Ah, sí, el presupuesto del ministerio de Cultura... una miseria! Y la parte infinitesimal reservada al «Libro» en esta dotación microscópica.

¿Cómo pretendes que, en estas condiciones, mi hijo, mi hija, nuestros hijos, la juventud, lean?

—Además, los franceses leen cada vez menos...

—Es verdad.

10

Así se desarrollan nuestras conversaciones, victoria perpetua del lenguaje sobre la opacidad de las cosas, silencios luminosos que expresan más de lo que callan. Vigilantes e informados, no somos víctimas de nuestra época. El mundo entero está en lo que decimos... y enteramente iluminado por lo que callamos. Somos lúcidos. Mejor dicho, poseemos la pasión de la lucidez.

¿De dónde viene, entonces, esta vaga tristeza posconversacional? ¿Este silencio de medianoche, en la casa dueña de nuevo de sí misma? ¿Sólo es la perspectiva de los platos por fregar? Veamos... A unos centenares de metros de aquí –semáforo–, nuestros amigos están atrapados en el mismo silencio que, pasada la borrachera de la lucidez, se apodera de las parejas, de vuelta a casa, en sus coches inmovilizados. Es como un regusto de resaca, el final de una anestesia, una lenta recuperación de la conciencia, el retorno a uno mismo, y la sensación vagamente dolorosa de no reconocernos en lo que hemos dicho. *Nosotros no estábamos ahí*. Estaba todo el resto, sí, los argumentos eran acertados –y desde esta perspectiva teníamos razón–, pero nosotros no estábamos. Ni la menor duda, otra velada sacrificada a la práctica anestesiante de la lucidez.

Así es como... crees regresar a tu casa, y regresas, en realidad, a ti mismo.

Lo que decíamos hace un momento, alrededor de la mesa, estaba en las antípodas de lo que se decía en nosotros. Hablábamos de la necesidad de leer, pero estábamos arriba, en su cuarto, cerca de él, que no lee. Enumerábamos las buenas razones que la época le ofrece para no amar la lectura, pero intentábamos salvar el libro-muralla que nos separa de él. Hablábamos del libro cuando sólo pensábamos en él.

Él, que no mejoró las cosas bajando a la mesa en el último segundo, sentando en ella sin una palabra de disculpa, su pesadez adolescente, no haciendo el más mínimo esfuerzo por participar en la conversación, y que, finalmente, se levantó sin esperar el postre:

–¡Lo siento, tengo que leer!

11

La intimidad perdida...

Visto ahora en este comienzo de insomnio, aquel ritual de la lectura, cada noche, al pie de su cama, cuando él era pequeño –hora fija y gestos inmutables–, se parecía un poco a la oración. Aquel armisticio que seguía al estruendo del día, aquel reencuentro al margen de cualquier contingencia, aquel momento de silencio recogido antes de las primeras palabras del relato, nuestra voz al fin semejante a sí misma, la liturgia de los episodios... Sí, la historia leída cada noche cumplía la más bella función de la oración, la más desinteresada, la menos especulativa, y que sólo afecta a los hombres: el perdón de las ofensas. Allí no se confesaba ningún pecado, ni se buscaba conseguir un pedazo de eternidad, era un momento de comunión entre nosotros, la absolución del texto, un regreso al único paraíso que vale la pena: la intimidad. Sin saberlo, descubríamos una de las funciones esenciales del cuento, y, más ampliamente, del arte en general, que consiste en imponer una tregua al combate de los hombres.

El amor adquiriría allí una piel nueva. Era gratuito.

12

Gratuito. Así es como él lo entendía. Un regalo. Un momento fuera de los momentos. Incondicional. La historia nocturna le liberaba del peso del día. Soltaba sus amarras. Se iba con el viento, inmensamente aligerado, y el viento era nuestra voz.

Como precio de este viaje, no se le pedía nada, ni un céntimo, no se le exigía la menor contrapartida. Ni siquiera era un premio. (¡Ah, los premios..., los premios había que ganárselos!) Aquí, todo ocurría en el país de la gratuidad.

La gratuidad, que es la única moneda del arte.

13

¿Qué ha ocurrido, pues, entre aquella intimidad de entonces y el ahora, encallado contra un libro-acantilado, mientras que nosotros intentamos entenderlo (o sea, tranquilizamos) acusando al siglo y su televisión que tal vez nos hemos olvidado de apagar?

¿La culpa es de la tele?

¿El siglo XX demasiado «visual»? ¿El XIX demasiado descriptivo? ¿Y por qué no el XVIII demasiado racional, el XVII demasiado clásico, el XVI demasiado renacentista, Pushkin demasiado ruso y Sófocles demasiado muerto? Como si las relaciones entre el hombre y el libro necesitaran siglos para espaciarse.

Bastan unos pocos años. Unas pocas semanas.

El tiempo de un malentendido.

En la época en que, al pie de su cama, evocábamos el vestido rojo de Caperucita Roja, y, hasta en sus más mínimos detalles, el contenido de su cesta, sin olvidar las profundidades del bosque, las orejas de la abuela tan extrañamente peludas de repente, la clavijilla y la aldabilla, no recuerdo que nuestras descripciones le parecieran demasiado largas.

No es que desde entonces hayan pasado siglos. Han pasado esos momentos que se llaman *la vida*, a los que se confiere un aspecto de eternidad a fuerza de principios intangibles: «Hay que leer.»

14

En eso, como en otras cosas, la vida se manifestó por la erosión de nuestro placer. Un año de historias al pie de su cama, sí. Dos años, vale. Tres, si no hay más remedio. Suman mil noventa y cinco historias, a razón de una por noche. ¡1 095, son historias! Y si sólo fuera el cuarto de hora del cuento... pero está el que le precede. ¿Qué voy a contarle esta noche? ¿Qué voy a leerle?

Conocimos las angustias de la inspiración.

Al comienzo, nos ayudó. Lo que su embeleso exigía de nosotros no era una historia, sino *la misma* historia.

—¡Otra vez! ¡Otra vez Pulgarcito! Pero, cariñito, no sólo está Pulgarcito, caramba, está...

Pulgarcito, nada más.

¿Quién hubiera imaginado que un día añoraríamos la época feliz en que su bosque estaba poblado exclusivamente por Pulgarcito? Faltó poco para que maldijéramos haberle enseñado la diversidad, ofrecido la elección.

—¡No, ése ya me lo has contado!

Sin llegar a ser una obsesión, el problema de la elección se convirtió en un rompecabezas. Con breves resoluciones: ir el sábado a una librería especializada y consultar la literatura infantil. El sábado por la mañana lo dejábamos para el sábado siguiente. Lo que para él seguía siendo una espera sagrada había entrado para nosotros en el campo de las preocupaciones domésticas. Preocupación menor, pero que se sumaba a las demás, de dimensiones más respetables. Menor o no, una preocupación heredada de un placer es algo que hay que vigilar de cerca. No lo hicimos.

Vivimos momentos de rebelión.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no tú? ¡Lo siento, esta noche eres tú quien le cuenta el cuento!

—Ya sabes que yo no tengo imaginación...

En cuanto se presentaba la ocasión, delegábamos en otra voz que se colocara a su lado, primo, prima, canguro, tía de paso, una voz hasta entonces virgen, a la que todavía le gustaba el ejercicio, pero que se desencantaba pronto ante sus exigencias de público puntilloso.

—¡Así no se le contesta a la abuela!

También hicimos trampas vergonzosas. Más de una vez intentamos convertir el precio que él daba a la historia en moneda de cambio.

—¡Si sigues así, esta noche no te cuento el cuento! Amenaza que ejecutábamos raramente. Soltar un grito o dejarle sin postre no tenía importancia. Mandarle a la cama sin contarle su cuento era sumir su jornada en una noche demasiado negra. Y era abandonarlo sin haberle reencontrado. Castigo intolerable, tanto para él como para nosotros.

El caso es que llegamos a lanzar esta amenaza... bueno, alguna vez... la expresión soterrada de un cansancio, la tentación apenas confesada de utilizar por una vez ese cuarto de hora en otra cosa, otra urgencia doméstica, o en tener un momento de silencio, mente... en una lectura para uno mismo.

El narrador, en nuestro interior, estaba dispuesto a ceder la antorcha.

15

La escuela llegó muy oportunamente.

Cogió el futuro en su mano.

Leer, escribir, contar...

Al comienzo, él se entregó con auténtico entusiasmo. ¡Qué bonito era que todos aquellos palotes, aquellas curvas, aquellos redondeles y aquellos puentecitos, reunidos, letras! Y aquellas letras juntas, sílabas. Y aquellas sílabas, una tras otra, palabras; no salía de su asombro. ¡Y que algunas de aquellas palabras le resultaran tan familiares, era mágico!

Mamá, por ejemplo, *mamá*, tres puentecitos, un redondel, una curva, otros tres puentecitos, un segundo redondel, otra curva, resultado: *mamá*. ¿Cómo recuperarse de esta maravilla?

Hay que intentar imaginárselo. Se ha levantado temprano. Ha salido, acompañado precisamente de su mamá, bajo una llovizna de otoño (sí, una llovizna de otoño, y una luz de acuario abandonado, no descuidemos la dramatización atmosférica), se ha dirigido a la escuela totalmente rodeado todavía por el calor de su cama, un regusto de chocolate en la boca, apretando muy fuerte esa mano que le queda por encima de la cabeza, caminando deprisa, deprisa, dos pasos cuando mamá sólo da uno, la cartera bamboleándose sobre su espalda, y la puerta de la escuela, el beso apresurado, el patio de cemento y sus castaños negros, los primeros decibelios... se ha acurrucado debajo del cobertizo o se ha puesto en danza en seguida, según, después todos se han encontrado sentados detrás de las mesas liliputienses, inmovilidad y silencio, todos los movimientos del cuerpo obligados a domesticar el único desplazamiento de la pluma en ese pasillo de techo bajo: ¡el renglón! Lengua fuera, dedos entumecidos y puño soldado..., puentecitos, palotes, curvas, redondeles y puentecitos..., ahora está a cien leguas de mamá, sumido en esa soledad extraña que se llama el *esfuerzo*, rodeado de todas esas otras soledades con la lengua fuera... y he aquí la reunión de las primeras letras..., renglones de «a»..., renglones de «m»..., renglones de «t»... (nada cómoda la «t», con esa barra transversal, pero una tontería comparada con la doble revolución de la «f», con el lío increíble del que sale la curva de la «k»...), dificultades todas, sin embargo, vencidas paso a paso..., hasta el punto de que, imantadas las unas por las otras, las letras acaban por juntarse ellas mismas en sílabas..., renglones de «ma»..., renglones de «pa»..., y las sílabas a su vez...

En fin, una buena mañana, o una tarde, todavía con el zumbido del barullo de la cantina en los oídos, asiste a la eclosión silenciosa de la palabra sobre la hoja blanca, allí, delante de él: *mamá*.

Ya la había visto en la pizarra, claro, la había reconocido varias veces, pero allí, debajo de sus ojos, escrita con sus propios dedos...

Con una voz primero insegura, balbucea las dos sílabas separadamente: «Ma-má.»

Y de repente:

—¡*Mamá*!

Este grito de alegría celebra la culminación del más gigantesco viaje intelectual imaginable, una especie de primer paso en la luna, ¡el paso de la arbitrariedad gráfica más total a la significación más cargada de emoción! ¡Está escrito ahí, delante de sus ojos, pero es algo que sale de él! No es

una combinación de sílabas, no es una palabra, no es un concepto, no es *una* mamá, es *su* mamá, una transmutación mágica, infinitamente más expresiva que la más fiel de las fotografías, sólo con redondelitos, sin embargo, con puentecitos..., pero que, de repente –¡y para siempre!– han dejado de ser eso, de no ser nada, para convertirse en esa presencia, esa voz, ese perfume, esa mano, ese regazo, esa infinidad de detalles, ese todo, tan íntimamente absoluto, y tan absolutamente ajeno a lo que está trazado ahí, en los raíles de la página, entre las cuatro paredes de la clase...

La piedra filosofal.

Ni más ni menos.

Acaba de descubrir la piedra filosofal.

16

Nadie se cura de esta metamorfosis. Nadie sale indemne de semejante viaje. Por inhibida que sea, cualquier lectura está presidida por el *placer de leer*; y, por su misma naturaleza —este goce de alquimista—, el placer de leer no teme a la imagen, ni siquiera a la televisiva, aun cuando se presente bajo forma de avalancha diaria.

Pero si el placer de leer se ha perdido (si, como se dice, a mi hijo, a mi hija, a la juventud, no les gusta leer), no está muy lejos.

Sólo se ha extraviado.

Es fácil de recuperar.

Claro que hay que saber por qué caminos buscarlo, y, para ello, enumerar unas cuantas verdades que no guardan ninguna relación con los efectos de la modernidad sobre la juventud. Unas cuantas verdades que sólo se refieren a nosotros... A nosotros, que afirmamos que «amamos la lectura», y que pretendemos hacer compartir este amor.

Así pues, bajo el efecto del deslumbramiento, vuelve de la escuela, bastante orgulloso de sí mismo, más bien feliz, incluso. Exhibe sus manchas de tinta como si de condecoraciones se tratara. Las telarañas del bolígrafo cuatricolor son para él un ornato de orgullo.

Una felicidad que sigue compensando las primeras torturas de la vida escolar: duración absurda de las jornadas, exigencias de la maestra, jaleo de la cantina, primeros trastornos sentimentales...

Llega, abre la cartera, expone sus proezas, reproduce las palabras sagradas (y si no es «mamá», será «papá», o «caramelo, o «gato», o su nombre...).

En la ciudad, se convierte en el doblador infatigable de la gran epístola publicitaria... RENAULT, SAMARITAINE, VOLVIC, CAMARGUE, las palabras le caen del cielo, sus sílabas coloreadas estallan en su boca. Ni una sola marca de detergente resiste a su pasión de desciframiento:

—«La-va-mas-blan-co», ¿qué quiere decir «lavamasblanco»?

Porque le ha llegado la hora de las preguntas esenciales.

18

¿Nos dejamos cegar por ese entusiasmo? ¿Creímos que a un niño le bastaba con disfrutar de las palabras para dominar los libros? ¿Pensamos que el aprendizaje de la lectura nos venía dado, como los de la marcha vertical o el lenguaje..., otro privilegio de la especie, en suma? En cualquier caso, es el momento que elegimos para poner fin a nuestras lecturas nocturnas.

La escuela le enseñaba a leer, a él le apasionaba, era un viraje en su vida, una nueva autonomía, otra versión del primer paso, eso es lo que nos dijimos, muy confusamente, sin decírnoslo realmente, tan «natural» nos pareció el acontecimiento, una etapa como otra en una evolución biológica sin tropiezos.

Ahora ya era «mayor», podía leer solo, caminar solo por el territorio de los signos...

Y devolvemos finalmente nuestro cuarto de hora de libertad.

Su recién estrenado orgullo no hizo gran cosa para contradecirnos. Se metía en su cama, BABAR abierto de par en par sobre sus rodillas, una arruga de tenaz concentración entre los ojos: *leía*.

Tranquilizados por esta pantomima, abandonábamos su cuarto sin entender —o sin querer confesarnos— que lo que un niño comienza por aprender no es la acción, sino *el gesto de la acción*, y que, si bien puede ayudarle al aprendizaje, esta ostentación está encaminada fundamentalmente a tranquilizarle, complaciéndonos.

19

No por ello nos convertimos en unos padres indignos. No le abandonamos en la escuela. Por el contrario, seguimos muy de cerca sus progresos. La maestra nos tenía por padres atentos, presentes en todas las reuniones, «abiertos al diálogo».

Ayudamos al aprendiz a hacer sus deberes. Y cuando manifestó los primeros signos de cansancio en materia de lectura, insistimos valientemente en que leyera su página diaria, en voz alta, y entendiera su sentido.

No siempre fácil.

Un parto de cada sílaba.

El sentido de la palabra perdido en el mismo esfuerzo de su composición.

El sentido de la frase atomizado por la cantidad de palabras.

Retroceder.

Repetir.

Incansablemente.

—A ver, ¿qué acabas de leer ahora? ¿Qué *quiere decir*?

Y eso, en el peor momento del día. O sea a su regreso de la escuela, o sea a nuestro regreso del trabajo.

O sea en la cumbre de su fatiga, o sea en el vacío de nuestras fuerzas.

—¡No haces ningún esfuerzo!

Nervios, gritos, renunciaciones espectaculares, puertas que suenan, o testarudez:

—¡A repetirlo todo, a repetirlo todo desde el principio! y lo repetía, desde el principio, deformando cada palabra con el temblor de sus labios.

—¡No seas farsante!

Pero aquella infelicidad no intentaba engañarnos. Era una infelicidad real, incontrolable, que nos expresaba el dolor, precisamente, de no poder controlar nada, de no interpretar el papel a nuestra satisfacción, y que se alimentaba mucho más de la fuente de nuestra inquietud que de las manifestaciones de nuestra impaciencia.

Porque estábamos inquietos.

Con una inquietud que no tardó en compararle con otros chicos de su edad y en interrogar a otros amigos cuya hija, no, no, iba muy bien en la escuela, y devoraba los libros, sí.

¿Era sordo? ¿Quizá disléxico? ¿Protagonizaría un «fracaso escolar»? ¿Acumularía un retraso irrecuperable?

Consultas varias: audiograma de lo más normal. Diagnósticos tranquilizadores de los ortofonistas. Serenidad de los psicólogos...

¿Entonces qué?

¿Vago?

¿Simplemente vago?

No, iba a su ritmo, eso es todo, y que no es necesariamente el de otro, y que no es necesariamente el ritmo uniforme de una vida, su ritmo de aprender a leer, que conoce sus aceleraciones y sus bruscas regresiones, sus períodos de bulimia y sus largas siestas digestivas, su sed de progresar y su miedo a decepcionar...

Sólo que nosotros, «pedagogos», somos unos ávidos usureros. Poseedores del Saber, lo prestamos a interés. Tiene que rendir. ¡Y rápido! Porque, si no, dudamos de nosotros mismos.

20

Si, como se dice, mi hijo, mi hija, los jóvenes no aman la lectura –y el verbo es exacto, porque se trata de una herida *de amor*–, no hay que acusar a la televisión, ni a la modernidad, ni a la escuela. O a todo eso si se quiere, pero sólo después de habernos planteado una pregunta primordial: ¿qué hemos hecho del lector *ideal* que era en los tiempos en que nosotros interpretábamos a la vez el papel del narrador y del libro?

¡Enorme traición!

Formábamos, él, el relato y nosotros, una Trinidad cada noche reconciliada; ahora él se encuentra solo, delante de un libro hostil.

La ligereza de nuestras frases le liberaba de la pesadez; el indescifrable hormigueo de las letras ahoga hasta sus tentaciones de sueño.

Le iniciamos en el viaje vertical; él se ha aplastado por el estupor del esfuerzo.

Le dotamos de ubicuidad; ahora está atrapado en su habitación, en su clase, en su libro, en una línea, en una palabra.

¿Dónde se ocultan, pues, todos aquellos personajes mágicos, aquellos hermanos, aquellas hermanas, aquellos reyes, aquellas reinas, aquellos héroes, tan perseguidos por tantos malvados, y que lo aliviaban de la preocupación por sí mismo llamándolo en su ayuda? ¿Es posible que tengan algo que ver con esas huellas de tinta brutalmente aplastada que se llaman letras? ¿Es posible que aquellos semidioses hayan sido desmigajados hasta ese punto, reducidos a eso: tipos de imprenta? ¿El libro convertido en ese *objeto*? ¡Curiosa metamorfosis! Lo contrario de la magia. ¡Sus héroes y él sofocados conjuntamente en el mudo espesor del libro!

Y no es la menor de las metamorfosis este empecinamiento de papá y mamá en querer, como la maestra hace, liberar este sueño aprisionado.

–Vamos, ¿qué le ha pasado al príncipe, eh? ¡Estoy esperando!

Esos padres que jamás, jamás, cuando le leían un libro se preocupaban por saber si había *entendido* que la Bella dormía en el bosque porque se había pinchado con la rueca, y Blancanieves porque había mordido la manzana. (Las primeras veces, además, no lo había *entendido* en absoluto. ¡Había tantas maravillas en aquellas historias, tantas palabras bonitas, y tanta emoción! Se aplicaba al máximo en esperar su pasaje preferido, que él mismo recitaba en su interior llegado el momento; después venían los otros, más oscuros, donde se anudaban todos los misterios, pero poco a poco lo *entendía* todo, absolutamente todo, y sabía perfectamente que si la Bella dormía, era a causa de la rueca, y Blancanieves debido a la manzana...)

–Repito la pregunta: ¿qué le ocurrió al príncipe cuando su padre lo expulsó del castillo?

Insistimos, insistimos. ¡Dios mío, no es concebible que este chiquillo no haya entendido el contenido de estas quince líneas! ¡Quince líneas no son la travesía del desierto!

Éramos su cuentista, nos hemos convertido en su contable.

–¡Pues ahora nada de televisión!

¡Vaya, sí...!

Sí... La televisión elevada a la dignidad de recompensa... y, como corolario, la lectura rebajada al papel de tarea... Esta ocurrencia es nuestra...

21

«La lectura es el azote de la infancia y prácticamente la única ocupación que sabemos darle. (...) Un niño no siente gran curiosidad por perfeccionar un instrumento con el que se le atormenta; pero conseguid que ese instrumento sirva a su placer y no tardará en aplicarse a él a vuestro pesar.

Buscar los mejores métodos para enseñar a leer llega a convertirse en una gran preocupación, se inventan escritorios, cartulinas, se convierte el cuarto del niño en una imprenta (...) ¡Qué lástima! Un medio más seguro que todos éstos, y que siempre se olvida, es el deseo de aprender. Dadle al niño este deseo, y dejadle después vuestros escritorios (...); cualquier método le parecerá bueno.

El interés presente; ése es el gran móvil, el único que nos lleva lejos de modo seguro.

(...)

Añadiré una sola frase que es una máxima importante: suele conseguirse con gran seguridad y premura aquello que no se tiene prisa en conseguir.»

¡De acuerdo, de acuerdo, Rousseau no debería tener voz en el tema, él, que arrojó a sus hijos junto con el agua de la bañera familiar! (Imbécil cantinela...)

No importa..., interviene para recordarnos que la obsesión adulta por «saber leer» no data de ayer... ni tampoco la idiotez de los inventos pedagógicos que se elaboran contra el deseo de aprender.

y además (¡oh, la risa burlona del ángel paradójico!) ocurre que un mal padre posee excelentes principios educativos y un buen pedagogo execrables. Así es la vida.

*Pero si Rousseau no es presentable, qué pensar de Valéry (Paul) -que no tenía nada que ver con la Asistencia Pública-, cuando dirigiendo a las jóvenes de la austera *Légion d'honneur* el discurso más edificante posible, y más respetuoso de la institución escolar, pasa de repente a lo esencial de lo que se puede decir en materia de amor, de amor al libro:*

«Señoritas, no es bajo la forma de vocabulario y sintaxis como la Literatura comienza a seducimos. Acuérdense simplemente de cómo las Letras se introducen en nuestra vida. En la edad más tierna, apenas han cesado de cantamos la canción que hace sonreír y dormirse al recién nacido, se abre la era de los cuentos. El niño los bebe como bebía su leche. Exige la continuación y la repetición de las maravillas; es un público despiadado y excelente. Dios sabe cuántas horas he perdido alimentando con magos, monstruos, piratas y hadas a unos pequeños que gritaban: ¡Más! a su padre agotado.»

«Es un público despiadado y excelente.»

Es, en un principio, el buen lector que seguiría siendo si los adultos que lo rodean alimentaran su entusiasmo en lugar de poner a prueba su competencia, si estimularan su deseo de aprender en lugar de imponerle el deber de recitar, si le acompañaran en su esfuerzo sin contentarse con esperarle a la vuelta de la esquina, si consintieran en perder tardes en lugar de intentar ganar tiempo, si hicieran vibrar el presente sin blandir la amenaza del futuro, si se negaran a convertir en dura tarea lo que era un placer, si alimentaran este placer hasta que se transmutara en deber, si sustentaran este deber en la gratuidad de cualquier aprendizaje cultural, y recuperaran ellos mismos el placer de esta gratuidad.

23

Ahora bien, este placer está muy próximo. Es fácil de recuperar. Basta con no dejar pasar los años. Basta con esperar la caída de la noche, abrir de nuevo la puerta de su habitación, sentarnos a la cabecera de su cama, y reanudar nuestra lectura común.

Leer.

En voz alta. Gratuitamente.

Sus historias preferidas.

Lo que ocurre entonces merece una descripción. Para comenzar, no cree lo que está oyendo. ¡Gato escaldado de los cuentos huye! Con la manta subida hasta la barbilla, permanece alerta; espera la trampa:

–Bien, ¿qué acabo de leer? ¿Lo has entendido?

Pero he aquí que no le hacemos esas preguntas. Ni ninguna. Nos limitamos a leer. Gratis. Se relaja poco a poco. (Nosotros también.) Recupera lentamente aquella concentración ensoñadora que era su cara por la noche. y acaba por reconocernos. Por nuestra voz recompuesta.

Es posible que, bajo el choque, se duerma ya en los primeros minutos..., el alivio.

La noche siguiente, idénticos reencuentros. E idéntica lectura, probablemente. Sí, es posible que nos reclame el mismo cuento, para demostrarse que la víspera no se trató de un sueño, y que nos plantee las mismas preguntas, en los mismos lugares, justo por la alegría de oírnos darle las mismas respuestas. La repetición tranquiliza. Es prueba de intimidad. Es su misma respiración. Necesita recuperar aquel aliento:

–¡Más!

«Más, más...» quiere decir, *grosso modo*: «¡Tenemos que querernos mucho, tú y yo, para contentarnos con esta única historia, infinitamente repetida!» Releer no es repetirse, es ofrecer una prueba siempre nueva de un amor infatigable.

Así que releemos.

Su jornada queda atrás. Estamos aquí, al fin juntos, al fin *en otra parte*. Ha recuperado el misterio de la Trinidad: él, el texto, y nosotros (¡en el orden que se quiera pues toda la dicha procede precisamente de que no consigamos ordenar los elementos de esta fusión!).

Hasta que se permite el último placer del lector, que es cansarse del texto, y nos pide que pasemos a otro.

¿Cuántas veladas hemos perdido así desbloqueando las puertas de lo imaginario? Unas pocas, no muchas más. Bueno, unas cuantas más, aceptémoslo. Pero el resultado valía la pena. Ya está de nuevo abierto a todos los relatos posibles.

Mientras tanto, la escuela prosigue su enseñanza. Si no realiza progresos en el balbuceo de sus lecturas escolares, no nos asustemos, el tiempo corre a nuestro favor a partir del momento en que hemos renunciado a hacérselo ganar.

El progreso, el famoso «progreso», se manifestará en otro terreno, en un momento inesperado.

Una noche, porque nos habremos saltado una línea, le oiremos gritar:

–¡Te has comido un trozo!

–¿Perdón?

–¡Te has saltado, te has comido un trozo!

–No, te lo aseguro...

–¡Dame!

Nos arrebatará el libro de las manos, y, con un dedo victorioso, designará la línea comida. *Que él leerá en voz alta.*

Es el primer signo.

Seguirán los demás. Tomará la costumbre de interrumpir nuestra lectura:

–¿Cómo se escribe eso?

–¿Qué?

–Prehistórico.

–P.R.E.I.S...

–¡Déjame ver!

No nos hagamos ilusiones, esta brusca curiosidad tiene algo que ver con su recentísima vocación de alquimista, es cierto, pero sobre todo con su deseo de prolongar la velada.

(Prolonguémosla, prolonguémosla...)

Otra noche, decidirá:

–¡Leo contigo!

Con su cabeza por encima de nuestro hombro, seguirá por un momento con los ojos las líneas que le leemos.

O bien:

–¡Comienzo yo!

y se lanzará al asalto del primer párrafo.

Lectura costosa, de acuerdo, atropelladamente jadeante, vale... No importa, recuperada la paz, lee sin miedo. Y leerá cada vez mejor, cada vez con más ganas.

–¡Esta noche leo yo!

El mismo párrafo, evidentemente -virtudes de la repetición-, luego otro, su «trozo preferido», y luego textos enteros. Unos textos que se sabe casi de memoria, que *reconoce* más que lee, pero que en cualquier caso lee por la alegría de reconocerlos. Ya no está lejos ahora el momento en que lo sorprenderemos, en un instante u otro del día, con *Los cuentos del gato en el tejado* sobre las rodillas, y pintando con Delphine y Marinette los animales de la granja.

Hace unos pocos meses no salía de su asombro al reconocer «mamá»; hoy, es un relato entero el que emerge de la lluvia de las palabras. Se ha convertido en el héroe de sus lecturas, aquel en quien el autor había delegado desde la eternidad para liberar a los personajes atrapados en la trama

del texto a fin de que ellos mismos le arrancaran de las contingencias del día.

Bien. Hemos ganado.

Y si queremos darle un último gusto, bastará con que nos durmamos mientras nos lee.

«Jamás le haremos entender a un muchacho que, por la noche, está metido de lleno en una historia cautivadora, jamás le haremos entender mediante una demostración limitada a sí mismo, que debe interrumpir su lectura e ir a acostarse.»

Es Kafka quien dice eso en su diario, el pequeño Franz, cuyo padre hubiera preferido que pasara todas las noches de su vida haciendo números.

II. Hay que leer (el dogma)

25

Sigue el problema del mayor, arriba, en su habitación.

¡Él también necesitaría reconciliarse con «los libros»!

Casa vacía, padres acostados, televisión apagada, sigue estando solo... delante de la página 48 y la «ficha de lectura» que tiene que entregar mañana...

Mañana...

Breve cálculo mental:

446 - 48 = 398.

¡Trescientas noventa y ocho páginas que tragarse en una noche!

Se entrega a ello valientemente. Una página empuja a la otra. Las palabras del «libro» bailan entre los auriculares de su walkman. Sin alegría. Las palabras tienen pies de plomo. Caen una tras otra, como caballos rematados. Ni siquiera el solo de batería consigue resucitarlas. (¡Un buen batería, sin embargo, Kendall!) Prosigue su lectura sin volverse a mirar los cadáveres de las palabras. Las palabras han entregado su sentido, descansen sus letras en paz. Esta hecatombe no le asusta. Lee como quien avanza. El deber lo empuja. Página 62, página 63.

Lee.

¿Qué lee?

La historia de Emma Bovary.

La historia de una joven que había leído mucho:

"Emma había leído Pablo y Virginia y había soñado con la casita de bambú, con el negro Domingo, con el perro Fiel, pero sobre todo con la dulce amistad de algún hermanito, que subiera a buscar para ella frutas rojas a los grandes árboles, más altos que campanarios, o que corriera descalzo por la arena, llevándole un nido de pájaros.»

Lo mejor es telefonar a Thierry, o a Stéphanie, para que mañana por la mañana le pasen su ficha de lectura, y la copia en un periquete, antes de entrar en clase, dicho y hecho, se lo deben de sobras.

"Cuando cumplió trece años, su padre la llevó a la ciudad para meterla en un internado. Se alojaron en una fonda del barrio de Saint Gervais, donde les pusieron para la cena unos platos pintados que representaban la historia de la señorita de La Valliere. Las leyendas explicativas, cortadas aquí y allí por los rasguños de los cuchillos, glorificaban todas ellas la religión, las delicadezas del corazón y las pompas de la Corte.»

La fórmula: *"Les pusieron para la cena unos platos pintados..."* le arranca una sonrisa fatigada: ...¿Les dieron para cenar unos platos vacíos? ¿Les hicieron papear la historia de esa La Valliere?» Se las da de listo. Se cree al margen de su lectura. Error, su ironía ha dado en el clavo. Porque sus desdichas simétricas proceden de ahí: Emma es capaz de ver su plato como un libro, y él su libro como un plato.

26

Mientras tanto, en el instituto (como decían en cursiva los tebeos belgas de su generación), los padres:

–Sabe, mi hijo..., mi hija..., los libros...

El profesor de lengua ha entendido: al alumno en cuestión «no le gusta leer».

–y lo más extraño es que de niño leía mucho..., devoraba incluso, ¿verdad, cariño, que se puede decir que devoraba?

Cariño opina: devoraba.

–¡Hay que decir que le hemos prohibido la televisión! (Otra versión posible: la prohibición absoluta de la tele. Resolver el problema suprimiendo su enunciado, ¡un conocido truco pedagógico!)

–Es verdad, nada de televisión durante el año escolar, ¡es un principio sobre el que jamás hemos transigido!

Nada de televisión, pero piano de cinco a seis, guitarra de seis a siete, danza el miércoles, judo, tenis, esgrima el sábado, esquí de fondo desde los primeros copos, curso de vela desde los primeros rayos, modelado los días de lluvia, viaje a Inglaterra, gimnasia rítmica...

Ni la menor posibilidad ofrecida al más mínimo cuarto de hora de reencuentro consigo mismo.

¡Alto a los sueños!

¡Abajo el aburrimiento!

El bonito aburrimiento...

El largo aburrimiento...

Que permite cualquier creación...

–Procuramos que jamás se aburra.

(Pobre de él...)

–Intentamos, ¿cómo le diría?, intentamos proporcionarle una formación completa...

–Eficaz, sobre todo, cariño, yo diría más bien *eficaz*. –Si no, no estaríamos aquí.

–Por suerte, sus notas en matemáticas no son malas... –Claro que la lengua...

Oh, el pobre, el triste, el patético esfuerzo que imponemos a nuestro orgullo yendo así, burgueses de Calais y de aquí, con las claves de nuestro fracaso por delante, a visitar al profesor de lengua... que escucha, y que dice sí-sí, y al que le gustaría hacerse una ilusión, por una sola vez en su larga vida de profe, hacerse una diminuta ilusión..., pero no:

–¿Cree que un suspenso en francés puede ser motivo de que repita?

Así discurre nuestra existencia: él en el bisnes de las fichas de lectura, nosotros ante el espectro de que repita, el profesor de lengua en su materia vilipendiada... ¡Y viva el libro!

Un profesor tarda muy poco en convertirse en un viejo profesor. No es que el oficio desgaste más que otro, no..., es por oír a tantos padres hablarle de tantos hijos –y, haciéndolo, hablar de ellos mismos– y por escuchar tantos relatos de vidas, tantos divorcios, tantas historias de familia: enfermedades infantiles, adolescentes a los que ya no se domina, hijas queridas cuyo afecto se nos escapa, tantos fracasos llorados, tantos éxitos pregonados, tantas opiniones sobre tantos temas, y sobre la necesidad de leer, en especial, la absoluta necesidad de leer, que consigue la unanimidad.

El dogma.

Están los que jamás han leído y se avergüenzan de ello, los que ya no tienen tiempo de leer y lo lamentan, los que no leen novelas, sino libros *útiles*, ensayos, obras técnicas, biografías, libros de historia, están los que leen todo sin fijarse en qué, los que «devoran» y cuyos ojos brillan, están los que sólo leen los clásicos, amigo mío, «porque no hay mejor crítico que el tamiz del tiempo», los que pasan su madurez «releyendo», y los que han leído el último tal y el último cual, porque, amigo mío, hay que estar al día.

Pero todos, todos, en nombre de la necesidad de leer. El dogma.

Incluido aquel que, si bien ya no lee ahora, afirma que es por haber leído mucho antes, sólo que ahora ya ha terminado su carrera, y tiene la vida «montada», gracias a él, claro (es de los «que no deben nada a nadie»), pero reconoce gustosamente que esos libros, que ahora ya no necesita, le han sido muy útiles..., indispensables, incluso, sí, ¡in-dis-pen-sa-bles!

–¡Convendrá, por consiguiente, que el chaval se meta eso en la cabeza!

El dogma.

29

Pues bien, «el chaval» tiene eso en la cabeza. Ni por un segundo pone el dogma en cuestión. Eso es, por lo menos, lo que se desprende claramente de su redacción:

Tema: ¿Qué piensas del consejo de Gustave Flaubert a su amiga Louise Collet: «¡Lee para vivir!»?

El chaval está de acuerdo con Flaubert, el chaval y sus compañeros, y sus compañeras, todos de acuerdo: «¡*Flaubert tenía razón!*» Una unanimidad de treinta y cinco trabajos: hay que leer, hay que leer para vivir, y eso es incluso –esta absoluta necesidad de la lectura– lo que nos distingue de la bestia, del bárbaro, del bruto ignorante, del sectario histérico, del dictador triunfante, del materialista bulímico, ¡hay que leer!, ¡hay que leer!

- Para aprender.
- Para sacar adelante nuestros estudios.
- Para informarnos.
- Para saber de dónde venimos.
- Para saber quiénes somos.
- Para conocer mejor a los demás.
- Para saber a dónde vamos.
- Para conservar la memoria del pasado.
- Para iluminar nuestro presente.
- Para aprovechar las experiencias anteriores.
- Para no repetir las tonterías de nuestros antepasados.
- Para ganar tiempo.
- Para evadirnos.
- Para buscar un sentido a la vida.
- Para comprender los fundamentos de nuestra civilización.
- Para satisfacer nuestra curiosidad.
- Para distraernos.
- Para cultivarnos.
- Para comunicar.
- Para ejercer nuestro espíritu crítico.

Y el profesor aprueba al margen: «¡sí, sí, B, MB, BB, exacto, interesante, en efecto, muy correcto», y tiene que contenerse para no exclamar: «¡Más! ¡Más!», él, que en el pasillo del instituto ha visto esta mañana al «chaval» copiar a toda velocidad su ficha de lectura de la de Stéphanie, él, que sabe por experiencia propia que la mayoría de las citas encontradas en esas sensatas redacciones salen de un diccionario especial, él, que sabe a la primera hojeada que los ejemplos elegidos («*citad ejemplos sacados de nuestra experiencia personal*») proceden de lecturas hechas por otros, él, en cuyos oídos siguen resonando los aullidos que desencadenó al imponer la lectura de la siguiente novela:

- ¿Cómo? ¡Cuatrocientas páginas en quince días! ¡Pero no lo terminaremos nunca, señor!
- ¡Hay un examen de mate!
- ¡Y la semana próxima hay que entregar la redacción de economía!

Y aunque conozca el papel que ha desempeñado la televisión en la adolescencia de Mathieu, de Lella, de Brigitte, de Camelo, de Cédric, el profesor sigue aprobando, con todo el rojo de su estilográfica, cuando Cédric, Camel, Brigitte, Lella o Mathieu afirman que la tele («¡no quiero abreviaturas en vuestros trabajos!») es la enemiga Número Uno del libro, y también el cine si se piensa bien, pues uno y otro suponen la pasividad más amorfa, cuando leer depende de un acto responsable. (¡MB!)

Aquí, sin embargo, el profesor deja su pluma, alza la mirada como un alumno ensimismado, y se pregunta –¡oh, sólo para sus adentros!– si determinadas películas, de todos modos, no le han dejado recuerdos de libros. «¿Cuántas veces ha «releído» *La noche del cazador*, *Amarcord*, *Manhattan*, *Una habitación con vistas*, *El festín de Babette*, *Fanny y Alexander*? Sus imágenes le parecían portadoras del misterio de los signos. Claro está que no son frases de especialista –no sabe nada de la sintaxis cinematográfica y no entiende el léxico de los cinéfilos–, sólo son frases de sus ojos, pero sus ojos le dicen que hay imágenes cuyo sentido no se agota y cuya traducción renueva cada vez la emoción, e incluso imágenes de televisión, sí: la cara del abuelo Bachelard, hace tiempo, en *Lectures pour tous...*, el mechón de Jankélévitch en *Apostrophes*² aquel gol de Papin contra los milaneses de Berlusconi...

Pero el momento pasa. Vuelve a sus correcciones. (¿Quién contará alguna vez la soledad del corrector de fondo?) A partir de algunos trabajos, las palabras comienzan a bailotear bajo sus ojos. Los argumentos tienden a repetirse. Le invaden los nervios. Lo que recitan sus alumnos es un breviario: ¡Hay que leer, hay que leer! La interminable letanía de la palabra educativa: *Hay que leer...*, ¡cuando cada una de sus frases demuestra que no leen jamás!

² Ambos, famosos programas de televisión dedicados a los libros. (N. del T.)

30

–Pero ¿por qué te afectas tanto, cariño mío? ¡Tus alumnos escriben lo que esperas de ellos!

–¿O sea?

–¡Que hay que leer! ¡El dogma! ¿Supongo que no te esperabas encontrar un montón de trabajos alabando los autos de fe?

–¡Lo que yo espero es que desenchufen sus walkmans y se pongan de una vez a leer!

–En absoluto... Lo que tú esperas es que te entreguen buenas fichas de lectura sobre las novelas que *tú les impones*, que «interpreten» correctamente los poemas que tú has elegido, que el día del examen de selectividad analicen hábilmente los textos de *tu* lista, que «comenten» juiciosamente, o «resuman» inteligentemente lo que el tribunal les colocará bajo las narices esa mañana... Pero ni el tribunal, ni tú, ni los padres desean especialmente que estos chicos lean. Tampoco desean lo contrario, fíjate. Desean que saquen adelante sus estudios, ¡punto! Aparte de esto, tienen otras cosas de qué ocuparse. ¡Además, también Flaubert tenía otras cosas de qué ocuparse! Si enviaba a la Louise a sus libros era para que le dejara en paz, para que le dejara trabajar tranquilo en su *Bovary*, Y para que no le cargara con un niño. Ésa es la verdad, y tú lo sabes muy bien. Bajo la pluma de Flaubert cuando escribía a Louise «Lee para vivir», quería decir de veras: «Lee para que *me* dejes vivir», ¿se lo has contado eso a tus' alumnos? ¿No? ¿Por qué?

Ella sonríe. Pone la mano sobre la de él:

–Tienes que hacerte a la idea, cariño: *el culto al libro depende de la tradición oral*. Y tú eres su gran sacerdote.

31

«No he encontrado nada estimulante en los cursos impartidos por el Estado. Aunque la materia de enseñanza hubiera sido más rica y más apasionante de lo que era en realidad, la morosa pedantería de los profesores bávaros me habría seguido alejando del más interesante de los temas.»...

«Toda la cultura literaria que poseo, la he adquirido fuera de la escuela.»...

«Las voces de poetas se confunden en mi memoria con las voces de quienes fueron los primeros en hacérmelos conocer: hay algunas obras maestras de la escuela romántica alemana que no puedo releer sin volver a escuchar la entonación de la voz conmovida y bien timbrada de Mielen. Durante todo el tiempo en que fuimos unos niños que tenían dificultades en leer por sí mismos, ella tuvo la costumbre de leernos.»

(...)

"« Y, sin embargo, escuchábamos aún con mayor recogimiento la tranquila voz del Mago... Sus autores predilectos eran los rusos. Nos leía Los casacas de Tolstoi y las parábolas extrañamente infantiles, de un didactismo simplista, de su último período... Escuchábamos las historias de Gógol e incluso una obra de Dostoievski..., aquella farsa inquietante titulada Una historia ridícula.»

(...)

"Sin la menor duda, las hermosas horas vespertinas pasadas en el despacho de nuestro padre no sólo estimulaban nuestra imaginación sino también nuestra curiosidad. Una vez que se ha saboreado el hechicero encanto de la gran literatura y la confortación que procura, uno quisiera saber cada vez más..., más "historias ridículas", y parábolas llenas de sabiduría, y cuentos de múltiples significados, y extrañas aventuras. Y así es como uno comienza a leer por sí mismo...,³

Así escribía Klaus Mann; hijo de Thomas, el Mago, y de Mielen, la de la voz conmovida y bien timbrada.

³ Klaus Mann. *El viraje*

Algo deprimente de todos modos, esta unanimidad... Como si, desde las observaciones de Rousseau sobre el aprendizaje de la lectura, a las de Klaus Mann sobre la enseñanza de las letras por el Estado bávaro, pasando por la ironía de la joven esposa del profesor, para culminar en las lamentaciones de los alumnos de aquí y de ahora, el papel de la escuela se limitara siempre y en todas partes al aprendizaje de técnicas, al deber del comentario, y cortara el acceso inmediato a los libros mediante la abolición del placer de leer. Parece establecido desde tiempos inmemoriales, y en todas las latitudes, que el placer no tiene que figurar en el programa de las escuelas y que el conocimiento sólo puede ser el fruto de un sufrimiento bien entendido.

Es defendible, claro está. No faltan los argumentos.

La escuela no puede ser una escuela del placer, el cual supone una gran dosis de gratuidad. Es una fábrica necesaria de saber que requiere esfuerzo. Las materias enseñadas en ella son los instrumentos de la conciencia. Los profesores encargados de estas materias son sus iniciadores, y no se les puede exigir que canten la gratuidad del aprendizaje intelectual cuando todo, absolutamente todo en la vida escolar –programas, notas, exámenes, clasificaciones, ciclos, orientaciones, secciones–, afirma la finalidad competitiva de la institución, inducida por el mercado del trabajo.

Que el colegial, de vez en cuando, encuentre un profesor cuyo entusiasmo parece considerar las matemáticas en sí mismas, que las enseñe como una de las Bellas Artes, que haga que se las ame por la virtud de su propia vitalidad, y gracias al cual el esfuerzo se convierta en placer, depende del azar del encuentro, no del talante de la Institución.

Lo típico de los seres vivos es hacer amar la vida, incluso bajo la forma de una ecuación de segundo grado, pero la vitalidad jamás ha estado inscrita en el programa de las escuelas.

La función está aquí.

La vida en otra parte.

La lectura se aprende en la escuela. Amar la lectura...

Hay que leer, hay que leer...

¿Y si, en lugar *de exigir la lectura*, el profesor decidiera de repente *compartir* su propia dicha de leer? ¿La dicha de leer? ¿Qué es la dicha de leer? Preguntas que suponen, en efecto, un estupendo retorno sobre uno mismo.

Y, para comenzar, la confesión de una verdad que va radicalmente en contra del dogma: la mayor parte de las lecturas que nos han formado, no las hemos hecho *a favor*, sino *en contra*. Hemos leído (y leemos) como si nos parapetáramos, como si nos negáramos, o como si nos opusiéramos. Si eso nos da aires de fugitivo, si la realidad desespera de alcanzarnos detrás del «encanto» de nuestra lectura, somos unos fugitivos ocupados en construirnos, unos evadidos a punto de nacer.

Cada lectura es un acto de resistencia. ¿De resistencia a qué? A todas las contingencias. Todas:

- Sociales
- Profesionales
- Psicológicas
- Afectivas
- Climáticas
- Familiares
- Domésticas
- Gregarias
- Patológicas
- Pecuniarias
- Ideológicas
- Culturales
- O umbilicales

Una lectura bien llevada salva de todo, incluido uno mismo.

Y, por encima de todo, leemos contra la muerte.

Es Kafka leyendo contra los proyectos mercantiles del padre, es Flannery O'Connor leyendo a Dostoievski contra la ironía de la madre («¿*El idiota*? ¡Te va que ni pintado pedir un libro con un título semejante!»), es Thibaudet leyendo a Montaigne en las trincheras de Verdún, es Henri Mondar sumido en su Mallarmé en la Francia de la Ocupación y del mercado negro, es el periodista Kauffmann releendo indefinidamente el mismo tomo de *Guerra y paz* en los calabozos de Beirut, es ese enfermo, operado sin anestesia, del que Valéry nos dice que «*encontró algún alivio, o, mejor dicho, cierta renovación de sus fuerzas, y de su paciencia, recitando, entre dolor y dolor, un poema que le gustaba*», Y es, claro está, la confesión de Montesquieu cuya deformación pedagógica ha suscitado tantas redacciones: «*El estudio ha sido para mí el remedio soberano contra los disgustos, no habiendo sufrido jamás pena que una hora de lectura no haya aliviado.*»

Pero es, de manera más cotidiana, el refugio del libro contra la crepitación de la lluvia, el silencioso deslumbramiento de las páginas contra la cadencia del metro, la novela metida en el cajón de la secretaria, la breve lectura del profe cuando se largan los alumnos, y el alumno del fondo de la clase leyendo a escondidas, mientras espera a entregar el ejercicio en blanco...

¡Difícil enseñar las Bellas Letras, cuando la lectura exige hasta tal punto el retiro y el silencio!

¿La lectura, acto de comunicación? ¡Otra graciosa broma de los comentaristas! Lo que leemos, lo callamos. Las más de las veces conservamos el placer del libro leído en el secreto de nuestra celosía. Bien porque no vemos en él nada que decir, bien porque, antes de poder decir una palabra, tenemos que dejar que el tiempo efectúe su delicioso trabajo de destilación. Ese silencio es la garantía de nuestra intimidad. El libro ha sido leído pero nosotros todavía seguimos en él. Basta su evocación para abrir un refugio a nuestro rechazo. Nos preserva del Gran Exterior. Nos ofrece un observatorio levantado muy por encima de los paisajes contingentes. Hemos leído y nos callamos. Nos callamos *porque* hemos leído. Sería bonito que nos aguardara un emboscado en la esquina de nuestra lectura para preguntarnos: «¿Quéeee? ¿Está bien? ¿Lo has entendido? ¡Un informe!»

A veces, es la humildad la que dirige nuestro silencio. No la gloriosa humildad de los analistas profesionales, sino la conciencia íntima, solitaria, casi dolorosa, de que esa lectura, ese autor acaban, como se dice, ¡de «cambiar mi vida»!

O, de repente, ese otro deslumbramiento, que nos deja atónitos: ¿Cómo es posible que lo que acaba de alterarme hasta este punto no haya modificado en nada el orden del mundo? ¿Es posible que nuestro siglo haya sido lo que ha sido después de que Dostoievski escribiera *Los demonios*? ¿De dónde salen Pol Pot y los demás cuando se ha imaginado el personaje de Piotr Verjovenski? ¿Y el terror de los campos, cuando Chéjov ha escrito *Sajalín*? ¿Quién se ha iluminado con la blanca luz de Kafka donde nuestras peores evidencias se recortaban como placas de zinc? Y, justo en el momento en que se desarrollaba el horror, ¿quién prestó atención a Walter Benjamin? ¿Y cómo es posible que, cuando todo hubo pasado, la tierra entera no leyera *La especie humana* de Robert Antelme, aunque sólo fuera para liberar al Cristo de Cario Levi, definitivamente detenido en Éboli?

Que unos libros puedan alterar hasta tal punto nuestra conciencia y dejar que el mundo siga de mal en peor, es algo que deja sin palabras.

Silencio, pues...

Salvo, claro está, para los fabricantes de frases del poder cultural.

¡Ah!, esas conversaciones de salón en las que, como nadie tiene nada que decir a nadie, la lectura adquiere el rango de tema de conversación posible. ¡La novela rebajada a una estrategia de la *comunicación*! Tantos aullidos silenciosos, tanta gratuidad obstinada para que ese cretino corra a ligarse a esa marisabidilla: «¿Cómo, no ha leído el *Viaje al fin de la noche*?»

Se mata por menos de eso.

Sin embargo, si bien la lectura no es un acto de comunicación *inmediata*, es, *finalmente*, objeto de reparto. Pero un reparto largamente diferido, y ferozmente selectivo.

Si pensamos en la parte de las grandes lecturas que debemos a la Escuela, a la Crítica, a todas las formas de publicidad, o, por el contrario, al amigo, al amante, al compañero de clase, o a veces incluso a la familia –cuando no coloca los libros en el estante de la educación–, el resultado es claro: las cosas más hermosas que hemos leído se las debemos casi siempre a un ser querido. Y a un ser querido será el primero a quien hablemos de ellas. Quizá, justamente, porque lo típico del sentimiento, al igual que del deseo de leer, consiste en *preferir*. Amar, a fin de cuentas, es regalar nuestras preferencias a los que preferimos. Y estos repartos pueblan la invisible ciudadela de nuestra libertad. Estamos habitados por libros y por amigos.

Cuando un ser querido nos da a leer un libro, le buscamos en un principio a él en sus líneas, sus gustos, las razones que le han llevado a colocarnos ese libro en las manos, las señales de una fraternidad. Después el texto nos domina y olvidamos al que nos ha sumido en él; en eso consiste, justamente, la fuerza de una obra, ¡barrer también esa contingencia!

Sin embargo, con el paso de los años, la evocación del texto trae el recuerdo del otro; algunos títulos vuelven a convertirse entonces en caras.

Y, para ser totalmente justo, no siempre la cara de un ser querido, sino (¡oh, raras veces!) la de un crítico o de un profesor.

Así ocurre con Pierre Dumayet, con su mirada, con su voz, con sus silencios, que, en el *Lectures pour tous* de mi infancia, expresaban todo su respeto por el lector en que, gracias a él, yo me convertiría. Así ocurre con aquel profesor cuya pasión por los libros sabía armarle de paciencia y damos incluso la ilusión del amor. ¡Tenía que preferirnos mucho –o apreciarnos– a sus alumnos, para damos a leer lo que le resultaba más querido!

En la biografía que dedica al poeta Georges Perros, Jean-Marie Gibbal cita esta frase de una estudiante de Rennes donde enseñaba Perros:

«Él (Perros) llegaba la mañana del martes, desgredado por el viento y por el frío en su moto azul y oxidada. Encorvado, con un chaquetón de marinero, la pipa en la boca o en la mano. Vaciaba una bolsa de libros sobre la mesa. Y era la vida.»

Quince años después, la maravillosa maravillada sigue contándolo. Con la sonrisa puesta sobre la taza de café, piensa, reúne lentamente sus propios recuerdos, y después:

«Sí, era la vida: media tonelada de libros, pipas, tabaco, un ejemplar del *France-soir* o de *L'Equipe*, llaves, carnés, facturas, una bujía de su moto... De este fárrago sacaba un libro, nos miraba, soltaba una risa que nos daba apetito, y comenzaba a leer. Caminaba mientras leía, una mano en el bolsillo, la otra, la que sostenía el libro, un poco tensa, como si, leyéndolo, nos lo ofreciera. Todas sus lecturas eran regalos. No nos pedía nada a cambio. Cuando la atención de alguno o alguna de nosotros flaqueaba, abandonaba la lectura un segundo, miraba al dormido y silbaba. No era una reprimenda, era una alegre devolución a la conciencia. No nos perdía jamás de vista. Hasta en lo más profundo de su lectura, nos contemplaba por encima de los renglones. Tenía una voz sonora y luminosa, un poco aterciopelada, que llenaba perfectamente el volumen de las clases, de la misma manera que habría llenado un anfiteatro, un teatro, el campo de Marte, sin que jamás una palabra sonara más alta que otra. Asumía intuitivamente las medidas del espacio y de nuestros cerebros. Era la caja de resonancia natural de todos los libros, la encarnación del texto, el libro hecho hombre. Por su voz descubríamos de repente que todo aquello había sido escrito *para nosotros*. Este descubrimiento intervenía después de una interminable escolaridad en la que la enseñanza de la Literatura nos había mantenido a una distancia respetuosa de los libros. Así pues, ¿qué hacía él que no hubieran hecho otros profesores? Nada. En determinados aspectos, hacía incluso mucho menos. Sólo que, mira, no nos entregaba la literatura en un cuentagotas analítico, nos la servía en dosis generosas... y entendíamos todo lo que nos leía. *Lo entendíamos*. No había más luminosa explicación del texto que el sonido de su voz cuando anticipaba la intención del autor, revelaba una segunda intención, desvelaba una alusión..., imposibilitaba el contrasentido. Absolutamente inimaginable, después de haberle oído leer *La doble inconstancia*, seguir desvariando sobre la cursilería y vestir de color rosa las muñecas humanas de aquel teatro de la disección. La precisión de su voz nos introducía en un laboratorio, la lucidez de su dicción nos invitaba a una vivisección. Y, al mismo tiempo, no exageraba nada en este sentido y no convertía a Marivaux en la antesala de Sade. Daba igual, durante todo el tiempo que duraba su lectura, teníamos la sensación de contemplar la sección de los cerebros de Arlequín y de Silvia, como si nosotros mismos fuéramos los ayudantes de laboratorio de esa experiencia».

«Nos daba una hora de clase a la semana. Esa hora se parecía a su macuto: una mudanza. Cuando nos abandonó al fin del año, eché cuentas: Shakespeare, Proust, Kafka, Vialatte, Strindberg, Kierkegaard, Moliere, Beckett, Marivaux, Valéry, Huysmans, Rilke, Bataille, Gracq, Hardellet, Cervantes, Laclos, Cioran, Chéjov, Henri Thomas, Butor... Los cito en desorden y olvido muchos. ¡En diez años, no había oído ni la décima parte!».

«Nos hablaba de todo, nos lo leía todo, *porque suponía que teníamos una biblioteca en la cabeza.*» Era el grado cero de la mala fe. Nos tomaba por lo que éramos, unos jóvenes bachilleres

incultos y que merecían saber. Y ni hablar de patrimonio cultural, de sagrados secretos pegados a las estrellas; en su caso, los textos no caían del cielo, los recogía del suelo y nos los daba a leer. Todo estaba allí, alrededor de nosotros, pletórico de vida. Recuerdo nuestra decepción, al principio, cuando abordó las grandes figuras, aquellos de quienes nuestros profesores, pese a todo, nos habían hablado, los poquísimos que creíamos conocer bien: La Fontaine, Moliere... En una hora, perdieron su estatuto de divinidades escolares para hacérsenos íntimos y misteriosos..., es decir, indispensables. Perros resucitaba los autores. Levántate y anda: de Apollinaire a Zola, de Brecht a Wilde, todos acudían a nuestra clase, completamente vivos, como si salieran de chez Michou, el café de enfrente. Café donde a veces nos ofrecía una segunda parte. No jugaba, sin embargo, al profe-colega, no era su estilo. Perseguía pura y simplemente lo que denominaba su *"curso de ignorancia"*. Con él, la cultura dejaba de ser una religión de Estado y la barra de un bar era una cátedra tan presentable como una tarima. Nosotros mismos, al escucharlo, no sentíamos deseos de entrar en religión, de vestir el hábito del saber. Teníamos ganas de leer, y punto... Así que se callaba, desvalijábamos las librerías de Rennes y de Quimper. Y cuanto más leíamos, más ignorantes, en efecto, nos sentíamos, solos sobre la arena de nuestra ignorancia, y frente al mar. Sólo que, con él, ya no teníamos miedo de mojarnos. Nos sumergíamos en los libros, sin perder el tiempo en fríos chapoteos. No sé cuántos de nosotros se hicieron profesores..., no muchos, sin duda, y tal vez sea una lástima, en el fondo, porque, como quien no quiere la cosa nos legó un gran deseo de transmitir. Pero de transmitir a los cuatro vientos. Él, que se reía mucho de la enseñanza, soñaba riendo con una universidad itinerante: "Y si nos paseáramos un poco..., si fuéramos a ver a Goethe a Weimar, a poner como un trapo a Dios con el padre de Kierkegaard, a tragarnos *Las noches blancas* en la perspectiva Nevski..."».

«*La lectura, resurrección de Lázaro, levantar la losa de las palabras.*»

GEORGES PERROS (*Escotes*)

Aquel profesor no inculcaba un saber, ofrecía lo que sabía. No era tanto un profesor como un trovador, uno de esos juglares de palabras que frecuentaban las posadas del camino de Compostela y recitaban los cantares de gesta a los peregrinos iletrados.

Como todo necesita un comienzo, congregaba todos los años su pequeño rebaño en torno a los orígenes orales de la novela. Su voz, al igual que la de los trovadores, se dirigía a un público *que no sabía leer*. Abría los ojos. Encendía lámparas. Encaminaba a su mundo por la ruta de los libros, peregrinación sin final ni certidumbre, marcha del hombre hacia el hombre.

—¡Lo más importante era que nos leyerá todo en voz alta! La confianza que ponía de entrada en nuestro deseo de aprender... El hombre que lee en voz alta nos eleva a la altura del libro. ¡*Da* realmente de leer!

En lugar de ello, nosotros, que hemos leído y pretendemos propagar el amor al libro, preferimos con excesiva frecuencia comentaristas, intérpretes, analistas, críticos, biógrafos, exégetas de obras que han enmudecido por culpa del piadoso testimonio que aportamos de su grandeza. Atrapada en la fortaleza de nuestro saber, la palabra de los libros cede su lugar a nuestra palabra. En lugar de dejar que la inteligencia del texto hable por nuestra boca, nos encomendamos a nuestra propia inteligencia, y hablamos del texto. No somos los emisarios del libro sino los custodios jurados de un templo cuyas maravillas proclamamos con unas palabras que cierran sus puertas: «¡Hay que leer! ¡Hay que leer!»

Hay que leer: es una petición de principio para unos oídos adolescentes. Por brillantes que sean nuestras argumentaciones..., sólo una petición de principio.

Aquellos de nuestros alumnos que hayan descubierto el libro por otros canales seguirán lisa y llanamente leyendo. Los más curiosos guiarán sus lecturas por los faros de nuestras explicaciones más luminosas.

Entre los «que no leen», los más listos sabrán aprender, como nosotros, a *hablar de ello*: sobresaldrán en el arte inflacionista del comentario (leo diez líneas, escribo diez páginas), la práctica jícara de la ficha (recorro 400 páginas, las reduzco a cinco), la pesca de la cita juiciosa (en esos manuales de cultura congelada de que disponen todos los mercaderes del éxito), sabrán manejar el escalpelo del análisis lineal y se harán expertos en el sabio cabotaje entre los «fragmentos selectos», que lleva con toda seguridad al bachillerato, a la licenciatura, casi a la oposición... pero no necesariamente al amor al libro.

Quedan los otros alumnos.

Los que no leen y se sienten muy pronto aterrorizados por las irradiaciones del *sentido*.

Los que se creen tontos...

Para siempre privados de libros... Para siempre sin respuestas...

Y pronto sin preguntas.

Soñemos.

Es la prueba llamada de *tema*, en la oposición de Literatura.

Título del tema: *Los registros de la conciencia literaria en «Madame Bovary»*.

La joven está sentada en su pupitre, muy por debajo de los seis miembros del tribunal instalados en lo alto, encima de su tarima. Para incrementar la solemnidad de la cosa, imaginemos que ocurre en el gran anfiteatro de la Sorbona. Un olor de siglos y de madera sagrada. El silencio profundo del saber.

Un escaso público de parientes y de amigos diseminados en las gradas oye su corazón único latir al ritmo del miedo de la joven. Imágenes todas ellas de abajo arriba, y la joven muy al fondo, aplastada por el terror de toda la ignorancia que le queda.

Leves crujidos, toses sofocadas: es la eternidad anterior a la prueba.

La mano temblorosa de la joven dispone sus notas delante de ella; abre su partitura del saber: *Los registros de la conciencia literaria en «Madame Bovary»*.

El presidente del tribunal (es un sueño, demos a este presidente una toga sangre-de-buey, edad avanzada, hombros de armiño y peluca-cocker para acentuar sus arrugas de granito), el presidente del tribunal, pues, se vuelve a la derecha, levanta la peluca de su colega y le murmura dos palabras al oído. El adjunto (más joven, la madurez rosada y sabia, idéntica toga, idéntico tocado) asiente con gravedad. Lo comunica a su vecino mientras el presidente murmura a su izquierda. El asentimiento se propaga hasta los dos extremos de la mesa.

Los registros de la conciencia literaria en «Madame Bovary». Perdida en sus notas, asustada por el brusco desorden de sus ideas, la joven no ve que el tribunal se levanta, no ve que el tribunal baja de la tarima, no ve que el tribunal se le acerca, no ve que el tribunal la rodea. Alza la mirada para reflexionar y se descubre atrapada en la trampa de sus miradas. Debería sentir miedo, pero está demasiado ocupada por el miedo de no saber. Apenas se pregunta: ¿qué hacen tan cerca de mí? Vuelve a sumergirse en sus notas. *Los registros de la conciencia literaria...* Ha perdido el esquema de su tema. ¡Un esquema tan límpido, sin embargo! ¿Qué ha hecho con el esquema de su tema? ¿Quién le devolverá los claros pasos de su argumentación?

–Señorita...

La joven no quiere escuchar al presidente. No para de buscar el esquema de su tema, desvanecido en el torbellino de su saber.

–Señorita...

Busca y no encuentra. *Los registros de la conciencia literaria de «Madame Bovary»...* Busca y encuentra todo el resto, todo lo que ella sabe. Pero no el esquema de su tema. No el esquema de su tema.

–Señorita, por favor...

¿Es la mano del presidente lo que acaba de posarse en su brazo? (¿Y desde cuándo los presidentes de los tribunales de oposición posan la mano en el brazo de las candidatas?) ¿Es la

infantil súplica, tan inesperada en esa voz? ¿Es el hecho de que los adjuntos comiencen a removerse en sus sillas (pues cada uno de ellos ha traído su silla y todos están sentados a su alrededor)? La joven levanta finalmente la mirada.

–Señorita, por favor, olvídense de los registros de la conciencia...

El presidente y sus adjuntos se han quitado las pelucas. Muestran el pelo alborotado de los niños, unos ojos grandes abiertos, una impaciencia de hambrientos.

–Señorita... ¡Cuéntenos *Madame Bovary*!

–¡No, no!... ¡Mejor cuéntenos su novela favorita! –¡Sí, *La balada del café triste*! ¡A usted le gusta mucho Carson McCullers, señorita, cuéntenos *La balada del café triste*!

–Y después denos ganas de volver a leer *La princesa de eleves*, ¿vale?

–¡Denos ganas de leer, señorita!

–¡Ganas de verdad!

–¡Cuéntenos *Adolphe*!

–¡Léanos *Dedalus*, el capítulo de las gafas!

–¡Kafka! Cualquier cosa de su *Diario*...

–¡Svevo! ¡*La conciencia de Zeno*!

–¡Léanos *El manuscrito hallado en Zaragoza*!

–¡Los libros que a usted más le gusten! –¡*Ferdydurke*!

–¡*La conjura de los necios*!

–¡No mire el reloj, tenemos tiempo!

–Por favor.... –¡Cuéntenos! –Señorita. ..

–¡Léanos!

–¡*Los tres mosqueteros*!

–*La reina de las manzanas*...

–*Jules y Jim*...

–¡*Charlie y la fábrica de chocolate*! –¡*El príncipe de Motordu*!

–¡*Basil*!

III. Dar de leer

Imaginemos una clase de adolescentes, de unos treinta y cinco. ¡Oh!, no de esos alumnos cuidadosamente clasificados para salvar a toda prisa los elevados pórticos de las grandes escuelas, no, *los otros*, los que se han hecho expulsar de los institutos del centro de la ciudad porque su boletín escolar no prometía nota en la selectividad, por no decir ni selectividad.

Es el comienzo del curso. Han caído aquí.

En esta escuela.

Delante de este profesor.

«Caído» es la palabra. Abandonados en la orilla, cuando sus compañeros de ayer embarcaron a bordo de los institutos-paquebotes con rumbo a las grandes carreras. Pecios abandonados por la marea escolar. Así es como se describen a sí mismos en la tradicional ficha de comienzo de curso.

Apellido, nombre, fecha de nacimiento...

Informaciones diversas:

«Siempre he sido una nulidad en mates»... «Los idiomas no me interesan»... «No consigo concentrarme»... «No soy bueno para escribir»... «En los libros hay demasiado vocabulario» (¡sic! ¡Pues sí! ¡sic!)... «No entiendo nada de física»... «Siempre he sido una nulidad en ortografía»... «En historia no iría mal, pero no retengo las fechas»... «Creo que no trabajo bastante»... «No consigo entender»... «He fallado muchas cosas»... «Me gustaría mucho dibujar pero no estoy demasiado dotado para ello»... «Era demasiado duro para mí»... «No tengo memoria»... «Me falla la base»... «No tengo ideas»... «No tengo vocabulario»...

Acabados...

Así es como se presentan.

Acabados antes de haber comenzado.

Claro está que exageran un poco la nota. El género lo quiere así. La ficha individual, al igual que el diario íntimo, prefiere la autocrítica: uno se ensombrece instintivamente. Y después, acusándose desde todos los ángulos, uno se pone al amparo de muchas exigencias. Por lo menos, la escuela les habrá enseñado eso: la comodidad de la fatalidad. Nada tan tranquilizador como un cero perpetuo en mates o en ortografía: al excluir la eventualidad de un progreso, suprime los inconvenientes del esfuerzo. Y la confesión de que los libros contienen «demasiado vocabulario», ¿quién sabe?, tal vez os ponga al amparo de la lectura...

Sin embargo, el retrato que esos adolescentes hacen de sí mismos no es correcto: no tienen la cara del mal estudiante de frente estrecha y barbilla cúbica que un mal cineasta imaginaría al leer sus telegramas autobiográficos.

No, tienen la cabeza múltiple de su época: tupé y camperas para el rockero de turno, Burlington⁴ y Chevignon⁵ para el enamorado de la moda, chupa de cuero para el motorista sin moto, pelo largo o a cepillo según las tendencias familiares... Esa chica, allí, flota dentro de la

⁴ Marca de calcetines muy de moda entre los jóvenes en Francia. (N. del T.)

⁵ Marca de ropa también muy de moda entre los jóvenes. (N. del T.)

camisa de su padre que golpea las rodilleras rotas de sus tejanos, la otra se ha inventado la silueta negra de una viuda siciliana («yo no tengo nada que ver con el mundo»), cuando su rubia vecina, por el contrario, se lo juega todo a la estética: cuerpo de anuncio y rostro de portada cuidadosamente glacial.

Acaban de salir de las paperas y el sarampión, y ya están en edad de fagocitar las modas.

¡Y altos, en su mayoría! ¡Como para tomar la sopa encima de la cabeza del profe! ¡Y fuertes, los chicos! ¡Y las chicas, ya unas bellezas!

Al profesor le parece que su adolescencia era más imprecisa..., él, más bien canijo..., la bazofia de la posguerra... leche en polvo del plan Marshall..., en aquella época el profesor estaba en reconstrucción, como el resto de Europa...

Ellos tienen las cabezas del resultado.

La salud y la fidelidad a las modas les da un aire de madurez que podría intimidar. Sus peinados, sus ropas, sus walkmans, sus calculadoras, su léxico, su actitud de reserva, hacen pensar, incluso, que podrían estar más «adaptados» a su tiempo que el profesor. Saber mucho más que él...

¿Mucho más sobre qué?

Es el enigma de su rostro, precisamente... Nada más enigmático que un aire de madurez.

Si no fuera un veterano, el profesor podría sentirse desposeído del presente de indicativo, un poco inútil.. Sólo que... la de mocosos y adolescentes que ha visto en veinte años de clases..., más de tres mil..., la de modas que ha visto pasar..., ¡hasta el punto, incluso, de vedas regresar!

Lo único que permanece inmutable es el contenido de la ficha individual. La estética «cutre», en toda su ostentación: yo soy perezoso, yo soy burro, yo soy nada, lo he probado todo, no os esforzáis, mi pasado carece de futuro...

En pocas palabras, no se quieren. Y ponen en proclamado una convicción todavía infantil.

En suma, están entre dos mundos. Y han perdido el contacto con los dos. «Estamos al loro», sí, «enrollados» (¡y cómo!), pero la escuela nos «toca los cojones», sus exigencias nos «comen el tarro», ya no somos unos chiquillos, pero «las pasamos puta» en la eterna espera de ser adultos...

Quisieran ser libres y se sienten abandonados.

Y, evidentemente, no les gusta leer. Demasiado vocabulario en los libros. Demasiadas páginas, también. Para decirlo todo, demasiados libros.

No, decididamente, no les gusta leer.

Eso es, por lo menos, lo que indica el bosque de dedos levantados cuando el profe hace la pregunta:

—¿A quién no le gusta leer?

Hay cierta provocación, incluso, en esta cuasiunanimidad. Porque los escasos dedos que no se levantan (entre otros el de la viuda siciliana), es por decidida indiferencia a la pregunta planteada.

—Bien —dice el profe—, como no os gusta leer... soy yo quien os leerá los libros.

Sin transición, abre su cartera y saca de ella un libro enorme, una cosa cúbica, realmente inmensa, con una portada brillante. Lo más impresionante que se pueda imaginar en materia de libro.

—¿Preparados?

No dan crédito ni a sus ojos ni a sus oídos. ¿Ese tipo les va a leer *todo eso*? ¡Pero le llevará el año entero! Perplejidad... Cierta tensión, incluso... No existe un solo profe que se proponga pasar el año leyendo. O es un jodido vago o hay gato encerrado. Nos acecha una trampa. Vamos de cabeza a la lista diaria de vocabulario, a la redacción de lectura permanente...

Se miran. Algunos, por si acaso, colocan una hoja delante de ellos y ponen sus plumas en batería.

—No, no, es inútil tomar notas. Intentad escuchar, eso es todo.

Se plantea entonces el problema de la *actitud*. ¿En qué se convierte un cuerpo en un aula si ya no tiene la coartada del boli y de la hoja en blanco? ¿Qué hacer con uno mismo en una circunstancia semejante?

—Instalaos cómodamente, relajaos...

(Ésa sí que es buena..., relajaos...)

Como la curiosidad le puede, Tupé y Camperas acaba de todos modos por preguntar:

—¿Nos leerá todo ese libro... *en voz alta*?

—No acabo de ver cómo podrías oírme si lo leyera en voz baja...

Discreta carcajada. Pero la joven viuda siciliana no está dispuesta a tragárselo. En un murmullo suficientemente sonoro como para ser oído por todos, suelta:

—Ya no tenemos edad.

Prejuicio comúnmente extendido..., especialmente entre aquellos que jamás han recibido el auténtico regalo de una lectura. Los otros saben que no hay edad para ese tipo de regalo.

—Si en diez minutos sigues considerando que ya no tienes edad, levantas el dedo y pasamos a

otra cosa, ¿de acuerdo?

–¿Qué tipo de libro es? –pregunta Burlington, en el tono de quien está de vuelta.

–Una novela.

–¿Qué cuenta?

–Es difícil de decir antes de haberlo leído. Bien, ¿preparados? Final de las negociaciones. Adelante. Preparados. Escépticos pero preparados. –Capítulo Primero:

«En el siglo XVIII vivió en Francia uno de los hombres más geniales y abominables de una época en que no escaseaban los hombres abominables y geniales".»

(...) «En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno. Las calles apestaban a estiércol, los patios interiores apestaban a orina, los huecos de las escaleras apestaban a madera podrida y excrementos de rata; las cocinas, a col podrida y grasa de carnero; los aposentos sin ventilación apestaban a polvo enmohecido; los dormitorios, a sábanas grasientas, a edredones húmedos y al penetrante olor dulzón de los orinales. Las chimeneas apestaban a azufre; las curtidurías, a lejías cáusticas; los mataderos, a sangre coagulada. Hombres y mujeres apestaban a sudor y a ropa sucia; en sus bocas apestaban los dientes infectados, los alientos olían a cebolla y los cuerpos, cuando ya no eran jóvenes, a queso rancio, a leche agria y a tumores malignos. Apestaban los ríos, apestaban las plazas, apestaban las iglesias y el hedor se respiraba por igual bajo los puentes y en los palacios. El campesino apestaba como el clérigo; el oficial de artesano, como la esposa del maestro; apestaba la nobleza entera y, sí, incluso el rey apestaba como un animal carnicero y la reina como una cabra vieja, tanto en verano como en invierno...»⁶!

⁶ Patrick Süskind, *El perfume* (Seix Barral). Traducido por Pilar Giralt Gorina. (N. del T.)

¡Querido señor Süskind, gracias! Sus páginas despiden un aroma que dilata las narices y provoca carcajadas. Jamás su *Perfume* tuvo lectores más entusiastas que esos treinta y cinco, tan poco dispuestos a leerle. Le ruego crea que, pasados los diez primeros minutos, la joven viuda siciliana le encontraba de su edad. Todas aquellas pequeñas muecas para no dejar que su risa sofocara su prosa resultaban incluso conmovedoras. Burlington abría unos ojos como orejas, y «¡psst!, ¡joder, calla!» como algún compañero dejara escapar su hilaridad. Hacia la página treinta y dos, en aquellas líneas en las que compara a su Jean-Baptiste Grenouille, entonces pensionista en casa de Madame Gaillard, a una garrapata perpetuamente emboscada (¿se acuerda?, «*la solitaria garrapata que se encoge y acurruca en el árbol, ciega, sorda y muda, y sólo husmea, husmea durante años y a kilómetros de distancia la sangre de los animales errantes...*»), ¡pues bien!, en medio de esas páginas, donde descendemos por primera vez a las húmedas profundidades de Jean-Baptiste Grenouille, Tupé y Camperas se ha dormido, con la cabeza entre los brazos cruzados. Un profundo sueño con una respiración regular. No, no, no lo despierte, nada mejor que una buena cabezada después de una nana, sigue siendo el primerísimo de los placeres en el orden de la lectura. Tupé y Camperas se ha vuelto de nuevo muy pequeño, muy confiado... y no es mucho mayor cuando, al sonar la hora, exclama:

—¡Mierda, me he dormido! ¿Qué ha ocurrido en casa de la Gaillard?

Y gracias también a ustedes, señores García Márquez, Calvino, Stevenson, Dostoievski, Saki, Amado, Gary, Fante, Dahl, Roché, ¡estén vivos o muertos! Ni uno solo, de esos treinta y cinco refractarios a la lectura, ha esperado a que el profe llegara al final de uno de sus libros para terminado antes que él. ¿Por qué dejar para la semana próxima un placer que podemos ofrecernos en una noche?

—¿Quién es ese Süskind?

—¿Vive?

—¿Qué otras cosas ha escrito?

—¿*El perfume* está escrito en francés? Parece que esté escrito en francés. (¡Gracias, gracias, señor Lortholary⁷, señoras y señores de la traducción, lenguas de Pentecostés, gracias!)! y con el transcurso de las semanas... —¡Formidable, *Crónica de una muerte anunciada*! ¿Y *Cien años de soledad*, señor, de qué va?

—¡Oh! ¡Fante, señor, Fante! ¡*Mi perro Estúpido*! ¡La verdad es que es superdivertido!

—*La vida ante sí*, Ajar... en fin, Gary... ¡Súper,! —¡Ese Roald Dahl es realmente demasiado! ¡La historia de la mujer que mata a su compa de un golpe de pata de cordero congelada y que hace comer a los polis la prueba del crimen me ha hecho morir de risa!

De acuerdo, de acuerdo..., los juicios críticos no son todavía muy afinados..., pero ya llegará..., dejemos que lean..., ya llegará...

—En el fondo, señor, todos esos libros, *El vizconde demediado*, *Doctor Jekyll y Mister Hyde*, *El retrato de Dorian Gray*, tratan un poco del mismo tema: el bien, el mal, el doble, la conciencia, la tentación, la moral social, todo eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puede decirse que Raskolnikov es un personaje «romántico»?

¿Ven?.., ya llega.

⁷ Lortholary tradujo al francés *El perfume*. De igual manera cabe felicitar a la traductora española, Pilar Giralt Gorina. (N. del T.)

Sin embargo, no ha ocurrido nada milagroso. El mérito del profesor es prácticamente nulo en esta historia.

El placer de leer estaba muy cercano, secuestrado en esos graneros adolescentes por un miedo secreto: el miedo (muy, muy antiguo) a no *entender*.

Habían olvidado pura y simplemente lo que era un libro, lo que tenía que ofrecer. Habían olvidado, por ejemplo, que una novela *cuenta fundamentalmente una historia*. No sabían que una novela debe ser leída como una novela: aplacar *fundamentalmente* nuestra sed de narración.

Para satisfacer esta gazuza, se habían entregado desde hacía mucho tiempo a la tele, que trabajaba en cadena, empalmando dibujos animados, series, culebrones y thrillers en un rosario sin fin de estereotipos intercambiables: nuestra ración de ficción. Algo que llena la cabeza de la misma manera que hincha la barriga, sacia, pero no aprovecha al cuerpo. Digestión inmediata. Uno se siente tan solo después como antes.

Con la lectura pública de *El perfume*, se encontraron con Süskind: una historia, sin duda, un buen relato, divertido y barroco, pero una voz también, la de Süskind (más adelante, en una redacción, se le llamará un «estilo»). Una historia, sí, pero contada por *alguien*.

—Increíble, ese principio, señor: «*Los aposentos apestaban... los hombres y las mujeres apestaban... apestaban los ríos, apestaban las plazas, apestaban las iglesias... el rey apestaba...*», ¡a nosotros, que se nos prohíben las repeticiones! Es bonito, sin embargo, ¿no? Es divertido, pero también es bonito, ¿no?

Sí, el encanto del estilo se suma a la gracia de la narración. Vuelta la última página, nos sigue acompañando el eco de esa voz. Y además, la voz de Süskind, incluso a través del doble filtro de la traducción y de la voz del profe, no es la de García Márquez, «¡eso se ve enseguida!», o la de Calvino. De ahí esta extraña impresión de que, allí donde el estereotipo habla la misma lengua a todo el mundo, Süskind, García Márquez y Calvino, hablando cada uno de ellos su propio idioma, se dirigen sólo a mí, sólo cuentan su historia *a mí*, joven viuda siciliana, Chupa de cuero sin moto, Tupé y Camperas, en mí, Burlington, que ya no confundo sus voces y me permito tener preferencias.

«*Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre le llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos.*»

—Me la sé de memoria la primera frase de *Cien años de soledad*! Con estas piedras, *enormes como huevos prehistóricos*...

(Gracias, señor García Márquez, usted es el causante de un juego que durará todo el año: captar y retener las primeras frases o los fragmentos predilectos de una novela que nos ha gustado.)

—Para mí, es el comienzo de *Adolphe*, sobre la timidez, ya sabes: «*Yo no sabía que, incluso con su hijo, mi padre era tímido, y que muchas veces, después de haber esperado largo tiempo de mí unas muestras de afecto que su aparente frialdad parecía prohibirme, me abandonaba con los*

ojos bañados en lágrimas, y se quejaba a los demás de que yo no lo quería.»

–¡Exactamente igual que mi padre y yo!

Estábamos callados, delante del libro cerrado. Ahora nos movíamos en el presente desplegado en sus páginas.

Es verdad que la voz del profesor ha intervenido en esta reconciliación: evitándonos el esfuerzo de desciframiento, dibujando claramente las situaciones, plantando los decorados, encarnando los personajes, subrayando los temas, acentuando los matices, efectuando, lo más limpiamente posible, su trabajo de revelador fotográfico. Pero, muy pronto, la voz del profe se interpone..., placer parásito de una alegría más sutil.

–Nos ayuda que usted nos lea, señor, pero me gusta, después, encontrarme a solas con el libro.

Es que la voz del profesor -relato ofrecido- me ha reconciliado con la *escritura*, y, con ello, me ha devuelto el gusto de mi secreta y silenciosa voz de alquimista, la misma que, unos diez años antes, se maravillaba de que *mamá* en el papel correspondiera a mamá en la vida.

El auténtico placer de la novela reside en el descubrimiento de esta intimidad paradójica: el autor y yo... La soledad de esta escritura reclama la resurrección del texto por mi propia voz muda y solitaria.

El profesor sólo es aquí una celestina. Ya es hora de que se largue de puntillas.

Además de la obsesión de no entender, otra fobia que hay que vencer para reconciliar a este pequeño mundo con la lectura solitaria es la de la duración.

El tiempo de la lectura: ¡el libro visto como una amenaza de eternidad!

¡Cuando vieron salir *El perfume* de la cartera del profe, creyeron de pronto que había aparecido un iceberg! (Precisemos que el profesor en cuestión había –voluntariamente– elegido la edición normal de Fayard, tipos grandes, paginación espaciada, márgenes amplios, un libro enorme a los ojos de aquellos refractarios a la lectura, y que prometía un suplicio interminable.)

¡Ahora bien, he aquí que comienza a leer y ven que el iceberg se funde en sus manos!

El tiempo ya no es el tiempo, los minutos se deshacen en segundos y se han leído cuarenta páginas antes de que haya pasado la hora.

El profe va a cuarenta por hora.

O sea 400 páginas en diez horas. ¡A razón de cinco horas de lengua por semana, podría leer 2.400 páginas en un trimestre! ¡7.200 por año escolar! ¡Siete novelas de 1.000 páginas! ¡En cinco horitas de lectura semanal únicamente!

¡Prodigioso descubrimiento que cambia todo! Un libro, a fin de cuentas, se lee rápido: ¡en una sola hora de lectura diaria durante una semana termino una novela de 280 páginas! ¡Que puedo leer sólo en tres días si le dedico algo más de dos horas! ¡280 páginas en tres días! O sea 560 en seis días laborables. Por poco que el libro sea realmente «enrollado» –«¡*Lo que el viento se llevó* señor, es realmente "enrollado"!»- y regalemos con un plus de cuatro horas en la jornada del domingo (es muy posible, el domingo el barrio de Tupé y Campera's ronca y los padres de Burlington le llevan a aburrirse al campo) ya contamos con 160 páginas más: ¡total 720 páginas! O 540, si vaya treinta por hora, media muy razonable. Y 360, si me paseo a veinte por hora.

–¡360 páginas a la semana! ¿Y tú?

Contad vuestras páginas, chavales, contadlas..., los novelistas hacen otro tanto. ¡Hay que verlos cuando alcanzan la página 100! ¡La página cien es el Cabo de Hornos del novelista! Destapa una botellita interior, baila una discreta giga, resopla como un caballo de carga, y, adelante, se sumerge de nuevo en su tintero para comenzar la página 101. (¡Un caballo de carga sumiéndose en un tintero, poderosa imagen!)

Contad vuestras páginas... Uno comienza por sorprenderse de la cantidad de páginas leídas, y después viene el momento de asustarse por las pocas que quedan por leer. ¡Sólo 50 páginas! Ya veréis... Nada tan delicioso como esa tristeza: *Guerra y paz*, dos enormes volúmenes..., y sólo quedan 50 páginas por leer.

Vas despacio, vas despacio, nada que hacer... Natacha acaba casándose con Pedro Bezujov, y es el final.

49

Sí, pero ¿a qué parte de mi distribución del tiempo quitar esa hora de lectura diaria? ¿A los amigos? ¿A la tele? ¿A los desplazamientos? ¿A las veladas familiares? ¿A los deberes?

¿De dónde sacar *tiempo para leer*? Grave problema.

Que no lo es.

Desde el momento en que se plantea el problema del tiempo para leer, es que no se tienen ganas. Pues, visto con detenimiento, *nadie tiene jamás tiempo para leer*. Ni los pequeños ni los mayores. La vida es un obstáculo permanente para la lectura.

—¿Leer? Ya me gustaría, pero el curro, los niños, la casa, no tengo tiempo...

—¡Cómo le envidio que tenga tiempo para leer!

¿Y por qué ella, que trabaja, hace la compra, educa a los niños, conduce su coche, ama a tres hombres, visita al dentista, se muda la semana próxima, encuentra tiempo para leer, y ese casto rentista soltero no?

El tiempo para leer siempre es tiempo robado. (Al igual que el tiempo para escribir, por otra parte, o el tiempo para amar.)

¿Robado a qué?

Digamos que al deber de vivir.

Ésta es, sin duda, la razón de que el metro —símbolo arraigado de dicho deber— resulte ser la mayor biblioteca del mundo.

El tiempo para leer, al igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir.

Si tuviéramos que considerar el amor desde el punto de vista de nuestra distribución del tiempo, ¿qué arriesgaríamos? ¿Quién tiene tiempo de estar enamorado? ¿Se ha visto alguna vez, sin embargo, que un enamorado no encontrara tiempo para amar?

Yo jamás he tenido tiempo para leer, pero nada, jamás, ha podido impedirme que acabara una novela que amaba.

La lectura no depende de la organización del tiempo social, es, como el amor, una manera de ser.

El problema no está en saber si tengo tiempo de leer o no (tiempo que nadie, además, me dará), sino en si me regalo o no la dicha de ser lector.

Discusión que Tupé y Camperas resume en un eslogan arrasador:

—¿El tiempo para leer? ¡Lo tengo en el bolsillo!

A la vista del libro que saca de él (*Leyendas de otoño* de Jim Harrison, 1918, edición de bolsillo), Burlington aprueba, reflexivo:

—Sí..., cuando te compras una chaqueta, ¡lo importante es que los bolsillos tengan un formato adecuado!

50

En argot, leer se dice *ligoter* (= atar).

En lenguaje figurado, un libro grueso es un *pavé* (= adoquín).

Soltad las ataduras, el adoquín se convierte en una nube.

51

Basta una condición para esta reconciliación con la lectura: no pedir nada a cambio. Absolutamente nada. No alzar ninguna muralla de conocimientos preliminares alrededor del libro. No plantear la más mínima pregunta. No encargar el más mínimo trabajo. No añadir ni una palabra a las de las páginas leídas. Ni juicio de valor, ni explicación de vocabulario, ni análisis de texto, ni indicación biográfica... Prohibirse por completo «hablar de».

Lectura-regalo.

Leer y esperar.

Una curiosidad no se fuerza, se despierta.

Leer, leer, y confiar en los ojos que se abren, en las caras que se alegran, en la pregunta que nacerá, y que arrastrará otra pregunta.

Si el pedagogo que llevo dentro se ofusca por no «presentar la obra en su contexto», persuadir a dicho pedagogo de que el único contexto que interesa, de momento, *es el de esta clase*.

Los caminos del conocimiento no confluyen en esta clase: ¡deben partir de ella!

De momento, leo unas novelas a un auditorio *que cree que no le gusta leer*. No podré enseñar nada serio mientras que no haya disipado esta ilusión, realizado mi trabajo de celestina.

En cuanto estos adolescentes se hayan reconciliado con los libros, recorrerán gustosamente el camino que va de la novela a su autor, y del autor a su época, y de la historia leída a sus múltiples sentidos.

El secreto consiste en estar preparado.

Esperar a pie firme la avalancha de las preguntas:

—¿Stevenson es inglés?

—Escocés.

—¿De qué época?

—Siglo XIX, en la época de la reina Victoria.

—Parece que reinó mucho tiempo, la tía...

—64 años: de 1837 a 1901.

—¡64 años!

—Llevaba 13 años reinando cuando nació Stevenson, y él murió 7 años antes que ella. Tú ahora tienes quince años, ella sube al trono, ¡y tendrás 79 al final de su reinado! (En una época en que el promedio de edad era de unos treinta años.) Y no era la más graciosa de las reinas.

—¡Por eso Hyde nació de una pesadilla!

La observación procede de la viuda siciliana. Estupefacción de Burlington.

—¿Cómo sabes tú eso?

La viuda, enigmática:

–Una, que se informa...

Después, con una discreta sonrisa:

–Puedo decirte incluso que era una pesadilla divertida. Cuando Stevenson se despertó, fue a encerrarse en su despacho y escribió en dos días una primera versión del libro. ¡Su mujer se la hizo quemar inmediatamente por lo metido que estaba en la piel de Hyde, robando, violando y degollando todo lo que se le ponía por delante! A la gran reina no le habría gustado esto. Entonces, inventó a Jekyll.

Pero no basta con leer en voz alta, también hay que *contar*, ofrecer nuestros tesoros, soltarlos sobre la ignorante playa. ¡Oíd, oíd, y ved lo bonita que es una *historia*!

No hay mejor manera para abrir el apetito del lector que darle a oler una orgía de lectura.

De Georges Perros, la estudiante maravillada decía también:

–No se contentaba con leer. ¡Nos contaba! ¡Nos contaba *Don Quijote*! ¡*Madame Bovary*! Enormes fragmentos de inteligencia crítica, pero que nos presentaba de entrada como simples *historias*. ¡Sancho, en su boca, se convertía en un odre de vida, y el Caballero de la Triste Figura en un gran haz de huesos armado de certidumbres atrozmente dolorosas! ¡Emma, tal como él nos la contaba, no era únicamente una idiota corroída por «*el polvo de las viejas salas de lectura*», sino un saco de energía fenomenal, y, en la voz de Perros, escuchábamos a Flaubert reírse de aquel desastre enorme!

Queridas bibliotecarias, guardianas del templo, qué suerte que todos los títulos del mundo hayan encontrado su alveolo en la perfecta organización de vuestras memorias (¿qué haría yo sin vosotras, yo, cuya memoria es un solar sin edificar?), es prodigioso que estéis al corriente de todas las materias ordenadas en las estanterías que os asedian..., pero sería bueno, también, oíros *contar* vuestras novelas favoritas a los visitantes perdidos en el bosque de las lecturas posibles..., ¡qué bonito sería que les regalarais vuestros mejores recuerdos de lectura! Narradoras, sed mágicas y los libros saltarán directamente de sus estantes a las manos del lector.

Es tan sencillo contar una novela... A veces basta con tres palabras.

Recuerdo veraniego de la infancia. La hora de la siesta. El hermano mayor de bruceos sobre su cama, la barbilla en las palmas de la mano, sumido en un enorme *Libro de Bolsillo*. El pequeño, pululando alrededor: «¿Qué lees?»

EL MAYOR: *Vinieron las lluvias*.

EL PEQUEÑO: ¿Está bien?

EL MAYOR: ¡Formidable!

EL PEQUEÑO: ¿Qué cuenta?

EL MAYOR: Es la historia de un tipo: al principio, bebe mucho whisky, ¡y al final bebe mucha agua!

No necesité más para pasar el final de aquel verano calado hasta los huesos por *Vinieron las lluvias* del señor Louis Bromfield, robado a mi hermano, que jamás lo terminó.

Todo eso es muy bonito, Süskind, Stevenson, García Márquez, Dostoievski, Fante, Chester Himes, Lagerlof, Calvino, todas esas novelas leídas en desorden y sin contrapartida, todas esas historias contadas, ese anárquico festín de lectura por el placer de la lectura... ¡pero el programa, Dios mío, el *Programa*! Las semanas corren y todavía no hemos tocado el programa. Terror del año que corre, espectro del programa inacabado...

Nada de pánico, el programa se *tratará*, como se dice de esos árboles que dan frutos clasificados.

Contrariamente a lo que imaginaba Tupé y Camperas, el profesor no pasará todo el año leyendo. ¡Ay, ay! ¿Por qué ha tenido que despertarse tan pronto el placer de la lectura muda y solitaria? Tan pronto como comienza una novela en voz alta se precipita a las librerías para conseguir «el resto» antes del curso siguiente. Tan pronto como cuenta dos o tres historias –«...el final no, señor, ¡no cuente el final!»–, devoran los libros de los que las ha sacado.

(Unanimidad que, por otra parte, no debe confundirse. No, no, el profesor no acaba de metamorfosear con un golpe de varita mágica en lectores al ciento por ciento, a unos refractarios al libro. En ese comienzo de curso todo el mundo lee; claro, vencido el miedo, se lee bajo el impulso del entusiasmo, de la emulación. Es posible incluso, quíerese o no, que se lea un poco para complacer al profe..., que, por otra parte, no debe dormirse en los laureles..., nada se enfría más rápidamente que un ardor, ¡lo ha comprobado muchas veces! Pero por el momento se lee unánimemente, bajo la influencia de ese cóctel cada vez especial que hace que una clase confiada se *comporte* como un individuo sin dejar de mantener su treintena de individualidades diferenciadas. Eso no significa que, cuando sean mayores, a todos esos alumnos les «gustará leer». Otros placeres predominarán tal vez sobre el placer del texto. Pero el caso es que en estas primeras semanas del curso, el acto de leer –¡el famoso «acto de leer»!– ya no aterroriza a nadie, leen, y a veces muy deprisa.)

Así pues, ¿qué tienen, además, estas novelas para ser leídas tan deprisa? ¿Fáciles de leer? ¿Qué quiere decir “fácil de leer”? ¿Es fácil de leer *La leyenda de Gasta Berling*? ¿Fácil de leer *Crimen y castigo*? ¿Más fáciles que *El extranjero*, que *Rojo y Negro*? No, lo que tienen de entrada es *que no están en el programa*, cualidad inestimable para los jóvenes compañeros de la viuda siciliana, dispuestos a calificar de «muermo» cualquier obra elegida por el magisterio para –el incremento razonado de su cultura. Pobre «programa». Está claro que el programa no tiene nada que ver. (¿Rabelais, Montaigne, La Bruyere, Montesquieu, Verlaine, Flaubert, Camus, «muermos»? No, por favor...) Sólo el miedo puede convertir en «muermos» los textos del programa. Miedo de no entender, miedo de contestar mal, miedo del que se alza por encima del texto, miedo de la lengua entendida como *materia* opaca; nada más adecuado para confundir las líneas, para ahogar el sentido en el lecho de la frase.

Burlington y Chupa de cuero sin moto son los primeros sorprendidos cuando el profe les anuncia que *El guardián entre el centeno* de Salinger, del que acaban de disfrutar, está en la lista negra de sus condiscípulos americanos por la exclusiva razón de que lo tienen en su programa. ¡De manera que es posible que exista un Chupa de cuero tejano tragándose a escondidas *Madame Bovary* mientras su profe se agota en colocarle Salinger!

Aquí (pequeño paréntesis) intervención de la viuda siciliana:

–Señor, no existe un tejano que lea.

–¿Ah, no? ¿De dónde has sacado eso?

–De *Dallas*. ¿Ha visto alguna vez a un solo personaje de *Dallas* con un libro en la mano?

(Cerremos el paréntesis.)

En suma, planeando en todas las lecturas, viajando sin pasaporte por las obras extranjeras (sobre todo extranjeras: estos ingleses, estos italianos, estos rusos, estos americanos, tienen la clase suficiente para mantenerse lejos del «programa»), los alumnos, reconciliados con *lo que se lee*, se acercan en círculos concéntricos a las obras *que hay que leer*, y no tardan en caer en ellas, como quien no quiere la cosa, por la mera razón de que *La princesa de eleves* se ha convertido en una novela «más», tan buena como otra... (Mejor que las demás, incluso, esta historia de un amor protegido del amor, tan curiosamente familiar a la adolescencia de hoy en día, que con excesiva rapidez imaginamos dominada por las fatalidades consumidoras.)

Querida Señora de Lafayette,

En el caso de que la noticia pueda interesaros, sé de una clase de segundo considerada poco «literaria» y pasablemente «disipada», donde su princesa de eleves ha conseguido el «hit-parade» de todo lo que se leyó en ella aquel año.

Así pues, el programa será tratado, las técnicas de redacción, de análisis de texto (bonitas *parrillas*, oh, cuán *metódicas*), de comentario, de resumen y de discusión, debidamente transmitidas, y toda esta mecánica perfectamente rodada para dar a entender a las instancias competentes, el día de los exámenes, que no nos hemos limitado a leer para distraernos, sino que también hemos *entendido*, que hemos realizado el famoso *esfuerzo de comprensión*.

La cuestión de saber lo que hemos «entendido» (cuestión final) no carece de interés. ¿Entendido el texto?, sí, sí, evidentemente, pero entendido sobre todo que una vez reconciliados con la lectura, habiendo perdido el texto su estatuto de *enigma* paralizante, nuestro esfuerzo por alcanzar su sentido se vuelve un placer, que, una vez vencido el temor de no entender, las nociones de esfuerzo y de placer actúan poderosamente la una en favor de la otra, porque, en este caso, mi esfuerzo me asegura el incremento de mi placer, y el placer de comprender me sume hasta la ebriedad en la ardiente soledad del esfuerzo.

Y también hemos entendido otra cosa. No sin cierta dosis de diversión, hemos entendido «cómo funcionan las cosas», incluido el arte y la manera de «hablar de», de hacerse valer en el mercado de los exámenes y de las oposiciones. Inútil ocultar que era uno de los objetivos de la operación. En cuestión de examen y de empleo, «entender» significa entender qué se espera de nosotros. Un texto «bien entendido» es un texto inteligentemente negociado. Los dividendos de este regateo es lo que el joven candidato busca en la cara del examinador cuando le dirige una mirada a hurtadillas después de haberle servido una interpretación astuta –pero en absoluto demasiado audaz– de un alejandrino de reputación enigmática. «Parece satisfecho, sigamos por este camino, lleva de cabeza a la nota.»)

Desde este punto de vista, una escolaridad literaria bien llevada depende tanto de la estrategia como de la buena comprensión del texto. Y, con mayor frecuencia de lo que se cree, un «mal alumno» es un chaval trágicamente desprovisto de aptitudes tácticas. Sólo que, en su pánico de no ofrecer lo que esperamos de él, no tarda en confundir escolaridad con cultura. Dejado a un lado por

la escuela, se cree inmediatamente un paria de la lectura. Se imagina que «leer» es en sí un acto elitista, y se priva de libros durante toda su vida por no haber sabido hablar de ellos cuando se le pedía.

Así pues, queda todavía otra cosa por «entender».

Queda por «entender» que los libros no han sido escritos para que mi hijo, mi hija, la juventud, los comente, sino para que, *si el corazón se lo dice*, los lean.

Nuestro saber, nuestra escolaridad, nuestra carrera, nuestra vida social son una cosa. Nuestra intimidad de lector y nuestra cultura otra. Hay que fabricar bachilleres, licenciados, catedráticos y enmarcas⁸, la sociedad lo pide, y es algo que no se discute..., pero es mucho más *esencial* abrir todas las páginas de todos los libros.

A lo largo de su aprendizaje, se impone a los escolares y a los estudiantes el deber de la glosa y del comentario, y las modalidades de este deber les asustan hasta el punto de privar a la gran mayoría de la compañía de los libros. Por otra parte, nuestro final de siglo no arregla las cosas; el comentario domina en él como señor absoluto, hasta el punto, muchas veces, de apartarnos de la vista el objeto comentado. Este zumbido cegador lleva un nombre eufemístico: la comunicación...

Hablar de una obra a unos adolescentes, y exigirles que hablen de ella, puede revelarse muy *útil*, pero no es un fin en sí. El fin es la obra. La obra en las manos de ellos. Y el primero de sus derechos, en materia de lectura, es el derecho a callarse.

⁸ Se refiere a los alumnos de la E.N.A. (École National d'Administration) , de la que sale buena parte de la clase dirigente francesa. (*N. del T.*)

En los primeros días del año escolar, suelo pedir a mis alumnos que me describan una biblioteca. No una biblioteca municipal, no, sino el mueble, una librería.

Aquella donde coloco mis libros. Y me describen un muro. Un acantilado del saber, rigurosamente ordenado, absolutamente impenetrable, una pared contra la que sólo se puede rebotar.

—¿Y un lector? Descríbeme un lector.

—¿Un auténtico lector?

—Si te parece, aunque no acabo de "saber a qué llamas tú un auténtico lector".

Los más «respetuosos» me describen al mismo Dios Padre, una especie de eremita antediluviano, sentado desde la noche de los tiempos sobre una montaña de libros cuyo sentido habría absorbido hasta entender el porqué de cualquier cosa. Otros me bosquejan el retrato de un autista profundo tan absorto en los libros que se golpea contra todas las puertas de la vida. Otros me trazan un retrato en negativo, dedicándose a enumerar todo lo que un lector no es: no es deportista, no está vivo, no es gracioso, y no le gusta ni el «papeo», ni los «trapos», ni los «bugas», ni la tele, ni la música, ni los amigos... y otros, finalmente, más «estrategas», levantan ante su profesor la estatua académica del lector consciente de los medios puestos a su disposición por los libros para incrementar su saber y afinar su lucidez. Los hay que mezclan estos diferentes registros, pero ni uno, ni uno entre todos ellos, se describe a sí mismo, ni describe a un miembro de su familia o a uno de esos innumerables lectores con los que se cruzan todos los días en el metro.

y cuando les pido que me describan «un libro», lo que se posa en la clase es un OVNI: un objeto tremendamente misterioso y prácticamente indescriptible dada la inquietante simplicidad de sus formas y la proliferante multiplicidad de sus funciones, un «cuerpo extraño», provisto de todos los poderes así como de todos los peligros, objeto sagrado, infinitamente mimado y respetado, depositado con gestos de oficiante en los estantes de una librería impecable, para ser venerado en ella por una secta de adoradores de mirada enigmática.

El Santo Grial. Bien.

Procuremos desacralizar un poco esta visión del libro que les hemos metido en la cabeza mediante una descripción más «realista» de la manera como tratamos nuestros libros aquellos a quienes nos gusta leer.

Pocos objetos como el libro despiertan tal sentimiento de absoluta propiedad. Una vez han caído en nuestras manos, los libros se convierten en nuestros esclavos..., esclavos, sí, por ser de materia viva, pero esclavos que nadie pensaría en liberar, por ser hojas muertas. Como tales, padecen los peores tratos, fruto de los más locos amores o espantosos furores. Y te doblo las páginas (¡oh, qué herida, cada vez, la visión de la página doblada!, «¡pero es para saber dónde estoóoooooy!») y poso mi taza de café sobre la tapa, esas aureolas, esos relieves de tostadas, esas manchas de aceite solar..., y te dejo un poco en todas partes la huella de mi pulgar, el dedo con el que aprieto mi pipa mientras te leo... y esa Pléiade⁹ secándose miserablemente sobre el radiador después de haber caído en tu baño «tu baño, cariño, pero *mi* Swift¹⁰»)... y esos márgenes garrapateados de comentarios afortunadamente ilegibles, esos párrafos nimbados por rotuladores *fluorescentes*..., ese libro definitivamente inválido por haber pasado una semana entera abierto por el lomo, ese otro supuestamente protegido por una inmundicia funda de plástico transparente con reflejos petrolíferos..., esa cama que desaparece debajo de un témpano de libros esparcidos como pájaros muertos..., ese montón de Folios¹¹ abandonados al moho del granero... esos desdichados libros infantiles que ya nadie lee, exiliados en una casa de campo adonde ya nadie va..., y todos esos otros en los muelles liquidados a los revendedores de esclavos...

Todo, a los libros se lo hacemos sufrir todo. Pero la manera como los maltratan *los demás* es la única que nos apena...

No hace mucho tiempo vi con mis propios ojos cómo una lectora arrojaba una enorme novela por la ventanilla de un coche que corría a toda marcha: era por haberla pagado tan cara, convencida por competentes críticos, y sentirse tan decepcionada. ¡El padre del novelista Tonina Benacquista llegó al extremo de *fumarse* a Platón! Prisionero de guerra en algún lugar de Albania, con un resto de tabaco en el fondo de su bolsillo, un ejemplar del *Cratilo* (¿qué diablos hacía allí?), una cerilla... ¡y crac!, una nueva manera de dialogar con Sócrates..., por señales de humo.

Otro efecto de la misma guerra, más trágico todavía: Alberto Moravia y Elsa Morante, obligados a refugiarse durante varios meses en una cabaña de pastor, sólo habían podido salvar dos libros, *La Biblia* y *Los hermanos Karamazov*. De ahí un terrible dilema: ¿cuál de los dos monumentos utilizar como papel higiénico? Por cruel que sea, una elección es una elección. Con gran dolor de corazón, eligieron.

No, por sagrado que sea el discurso trenzado en torno a los libros, no ha nacido quien impida a Pepe Carvalho, el personaje favorito de Manuel Vázquez Montalbán, prender cada noche un buen fuego con las páginas de sus lecturas predilectas.

Es el precio del amor, la contrapartida de la intimidad.

En cuanto un libro acaba en nuestras manos, es *nuestro*, exactamente como dicen los niños: «Es *mi* libro»..., parte integrante de mí mismo. Ésta es sin duda la razón de que devolvamos con tanta dificultad los libros que nos prestan. No es exactamente un robo... (no, no, no somos unos

⁹ La Pléiade, prestigiosa colección de obras completas de autores clásicos, o consagrados como tales por el hecho de ser editados así. (N. del T.)

¹⁰ Colección de libros de bolsillo. (N. del T.)

¹¹ Se refiere a los *bouquinistes*, libreros de lance instalados en las orillas del Sena. (N. del T.)

ladrones, no...), digamos un deslizamiento de propiedad, o, mejor dicho, una transferencia de sustancia: lo que era de otro bajo su mirada, se vuelve mío cuando se lo come mi ojo; y, caramba, si me ha gustado lo que he leído, siento cierta dificultad en «devolverlo».

Sólo me estoy refiriendo a la manera como nosotros, los particulares, tratamos los libros. Pero los profesionales no lo hacen mejor. Y yo te guillotino el papel a ras de las palabras para que mi colección de bolsillo sea más rentable (texto sin márgenes con las letras desmedradas de puro apretujadas), y yo te hincho como un globo esta novelita para hacer creer al lector que vale el dinero que paga por ella (texto ahogado, con las frases asustadas por tanta blancura), y te coloco unas «fajas» cuyos colores y cuyos títulos enormes cantan hasta ciento cincuenta metros de distancia: «¿Me has leído? ¿Me has leído?» y yo te fabrico ejemplares «club» en papel esponjoso y portada acartonada adornada con ilustraciones deprimentes, y yo pretendo fabricarte unas ediciones «de lujo» con el pretexto de que adorno una falsa piel con una orgía de dorados...

Producto de una sociedad hiperconsumista, el libro está casi tan mimado como un pollo alimentado con hormonas y mucho menos que un misil nuclear. El pollo con hormonas de crecimiento instantáneo no es, por otra parte, una comparación gratuita si se aplica a los millones de libros «de circunstancias» que se escriben en una semana bajo el pretexto de que, esa semana, la reina la ha dañado o el presidente ha perdido su empleo.

Así pues, visto bajo esta perspectiva, el libro no es, ni más ni menos, que un objeto de consumo, y tan efímero como cualquier otro: inmediatamente destruido si no funciona, muere con mucha frecuencia sin haber sido leído.

En cuanto a la manera como la misma universidad trata los libros, sería bueno preguntar su opinión a los autores. He aquí lo que escribió al respecto Flannery O'Connor el día en que descubrió que hacían a los estudiantes estudiar su obra:

"Si los profesores tienen hoy por principio abordar una obra como si se tratara de un problema de investigación para el que sirve cualquier respuesta, con tal que no sea evidente, mucho me temo que los estudiantes no descubran jamás el placer de leer una novela..."

Hasta aquí el «libro».

Pasemos al lector.

Porque, más instructiva aún que nuestra manera de tratar nuestros libros, es *nuestra manera de leerlos*.

En materia de lectura, nosotros, «lectores», nos permitimos todos los derechos, comenzando por aquellos que negamos a los jóvenes a los que pretendemos iniciar en la lectura.

- 1) El derecho a no leer.
- 2) El derecho a saltamos las páginas.
- 3) El derecho a no terminar un libro.
- 4) El derecho a releer.
- 5) El derecho a leer cualquier cosa.
- 6) El derecho al bovarismo.
- 7) El derecho a leer en cualquier sitio.
- 8) El derecho a hojear.
- 9) El derecho a leer en voz alta.
- 10) El derecho a callamos.

Me limitaré arbitrariamente al número 10, en primer lugar porque es un número redondo, y después porque es el número sagrado de los famosos Mandamientos y es divertido verlo utilizado por una vez para una lista de autorizaciones, o

Porque si queremos que mi hijo, que mi hija, que la juventud lea, es urgente que les concedamos los derechos que nosotros nos permitimos.

IV. El Cómo ser lector (o los derechos imprescriptibles del lector)

1

El derecho a no leer

Como toda enumeración de derechos que se precie, la de los derechos de la lectura debe abrirse por el derecho a no utilizarlo –en este caso el derecho a no leer–, sin el cual no se trataría de una lista de derechos sino de una trampa perversa.

Para comenzar, la mayor parte de los lectores se conceden cotidianamente el derecho a no leer. Aunque afecte a nuestra reputación, entre un buen libro y un mal telefilm, el segundo vence al primero con mucho mayor frecuencia de lo que nos gustaría confesar. Y además, no leemos continuamente. Nuestros períodos de lectura se alternan muchas veces con prolongadas dietas en las que la sola visión de un libro despierta los miasmas de la indigestión.

Pero lo más importante es otra cosa.

Estamos rodeados de cantidad de personas totalmente respetables, a veces tituladas, e incluso «eminentes», –algunas de las cuales poseen bibliotecas muy interesantes–, pero que no leen jamás, o tan poco que nunca se nos ocurriría la idea de regalarles un libro. No leen. Sea porque no sienten la necesidad, sea porque tienen demasiadas cosas que hacer aparte de leer (pero eso equivale a lo mismo, es que ese aparte las colma o las obnubila), sea porque alimentan otro amor y lo viven de una manera absolutamente exclusiva. En suma, a esas personas *no les gusta* leer. No por ello son menos tratables, e incluso son de un trato muy agradable. (Por lo menos no nos piden en cualquier momento nuestra opinión sobre el último libro que hemos leído, nos evitan sus reservas irónicas sobre nuestro novelista favorito y no nos consideran unos retrasados por no habernos precipitado sobre el último Tal, que acaba de salir en la editorial Cual y del que el crítico Enterado ha hecho los mayores elogios.) Son tan «humanas» como nosotros, absolutamente sensibles a las desdichas del mundo, preocupadas de los «derechos del Hombre» y entregadas a respetarlo en su esfera de influencia personal, lo que ya es mucho, pero hete aquí que no leen. Son muy libres de no hacerlo.

La idea de que la lectura «humaniza al hombre» es justa en su conjunto, aunque experimente algunas deprimentes excepciones. Se es sin duda algo más «humano», y entendemos por ello algo más solidario con la especie (algo menos «fiera»), después de haber leído a Chéjov que antes.

Pero evitemos acompañar este teorema con el corolario según el cual cualquier individuo que no lee debiera ser considerado *a priori* un bruto potencial o un cretino contumaz. Porque, si no, convertiremos la lectura en una *obligación moral*, y esto es el comienzo de una escalada que no tardará en llevarnos a juzgar, por ejemplo, la «moralidad» de los propios libros en función de criterios que no sentirán ningún respeto por otra libertad inalienable: la libertad de crear. A partir de entonces, el bruto seremos nosotros, por muy «lector» que seamos. Y bien sabe Dios que brutos de este tipo no faltan en el mundo.

En otras palabras, *la libertad de escribir no puede ir acompañada del deber de leer*.

En el fondo, el deber de educar consiste, al enseñar a los niños a leer, al iniciarlos en la literatura, en darles los medios de juzgar libremente si sienten o no la «necesidad de los libros». Porque si bien se puede admitir perfectamente que un individuo rechace la lectura, es intolerable que sea –o se crea– rechazado por ella.

Es inmensamente triste, una soledad en la soledad, ser excluido de los libros..., incluso de

aquellos de los que se puede prescindir.

2

El derecho a saltarse las páginas

Leí *Guerra y paz* por primera vez a los doce o trece años (más bien trece, estaba en quinto y nada adelantado). Desde el comienzo de las vacaciones, las de verano, veía a mi hermano (el mismo de *Vinieron las lluvias*) enfrascado en una enorme novela, y su mirada se volvía tan lejana como la del explorador que desde hace muchísimo tiempo ha perdido la noción de su tierra natal.

—¿Es muy bueno?

—¡Formidable!

—¿Qué explica?

—La historia de una chica que quiere a un tipo y se casa con un tercero.

Mi hermano siempre ha poseído el don de los resúmenes. Si los editores lo contrataran para redactar sus «contraportadas» (esas patéticas exhortaciones a leer que aparecen en el dorso de los libros), nos ahorraría muchísimos camelos.

—¿Me lo prestas?

—Te lo doy.

Yo estudiaba interno, era un regalo inestimable. Dos grandes tomos que me mantendrían en calor durante todo el trimestre. Cinco años mayor que yo, mi hermano no era completamente idiota (y tampoco lo es ahora) y sabía perfectamente que *Guerra y paz* no podía ser reducida a una historia de amor, por bien montada que estuviera. Sólo que conocía mi predilección por las pasiones sentimentales, y sabía excitar mi curiosidad con la formulación enigmática de sus resúmenes. (Un «pedagogo», en mi opinión.) Creo que fue el misterio aritmético de su frase lo que me hizo cambiar temporalmente mis *Bibliothèque verte, rouge et or*, y demás *Signes de piste* para arrojarme a esa novela. «Una chica que quiere a un tipo y que se casa con un tercero»..., no veo cómo habría podido resistirme. En realidad, no me sentí decepcionado, aunque se hubiera equivocado en su cálculo. En la práctica, éramos cuatro los que amábamos a Natacha: el príncipe Andrés, aquel golfo de Anatole (pero ¿podía llamarse a aquello amor?), Pedro Bezujov y yo. Como yo no tenía ninguna posibilidad, tuve que «identificarme» con los demás. (Pero no con Anatole, ¡un auténtico cerdo!)

Lectura mucho más deliciosa en la medida en que se desarrolló de noche, a la luz de una linterna de bolsillo, y debajo de mis mantas plantadas como una tienda en medio de un dormitorio de cincuenta soñadores, roncadores y demás patanes. La tienda del vigilante donde crepitaba la lamparilla estaba muy cerca, pero daba igual, en amor siempre es el todo por el todo. Todavía siento el grosor y el peso de aquellos volúmenes en mis manos. Era la versión de bolsillo, con la bonita cara de Audrey Hepburn que miraba a un principesco Mel Ferrer con los pesados párpados de rapaz enamorado. Me salté tres cuartas partes del libro para interesarme únicamente por el corazón de Natacha. Me compadecí de Anatole, de todos modos, cuando le amputaron la pierna, maldije al estúpido del príncipe Andrés por quedarse de pie delante de aquella bala de cañón, en la batalla de Borodino... «Pero échate, por Dios, échate al suelo, va a estallar, no puedes hacerle esto, ¡ella te ama!»... Me interesé por el amor y por las batallas y me salté los asuntos de política y de estrategia... Como las teorías de Clausewitz quedaban muy por encima de mis entendederas, lo confieso, me

las salté... Seguí muy de cerca los sinsabores conyugales de Pedro Bezujov y su mujer Helena, a quien encontraba realmente «antipática»...) y dejé a solas a Tolstoi disertando sobre los problemas agrarios de la Rusia eterna.

Me salté páginas, vaya. Y todos los chiquillos deberían hacer lo mismo.

Mediante ello podrían regalarse muy pronto con casi todas las maravillas consideradas inaccesibles para su edad.

Si tienen ganas de leer *Moby Dick* pero se desaniman ante las disquisiciones de Melville sobre el material y las técnicas de la caza de la ballena, no es preciso que renuncien a su lectura sino que se las salten, que salten por encima de esas páginas y persigan a Achab sin preocuparse del resto, ¡de la misma manera que él persigue su blanca razón de vivir y de morir! Si quieren conocer a Iván, Dimitri, Aliocha Karamazov y su increíble padre, que abran y que lean *Los hermanos Karamazov*, es *para ellos*, aunque tengan que saltarse el testamento del *starets* Zósimo o la leyenda del Gran Inquisidor.

Un gran peligro les acecha si no deciden por sí mismos lo que está a su alcance saltándose las páginas que elijan: otros lo harán en su lugar. Se apoderarán de las 150 grandes tijeras de la imbecilidad y cortarán todo lo que consideren demasiado «difícil» para ellos. Eso da unos resultados terribles. *Moby Dick* o *Los miserables* reducidos a unos resúmenes de 150 páginas, mutilados, destrozados, desmedrados, momificados, ¡reescritos para ellos en una lengua famélica que se supone que es la suya! Algo así como si yo me pusiera a dibujar de nuevo Guernica bajo el pretexto de que Picasso metió allí demasiados brochazos para un ojo de doce o trece años.

Y luego, incluso cuando somos «mayores», y aunque nos repugne confesarlo, también nos seguimos «saltando páginas», por unas razones que sólo nos conciernen a nosotros y al libro que leemos. También puede ser que nos lo prohibamos por completo, que leamos todo hasta la última palabra, estimando que aquí el autor se extiende demasiado, que aquí se permite un solo de flauta pasablemente gratuito, que en tal lugar cae en la repetición y en tal otro en la idiotez. Digamos lo que digamos, este testarudo aburrimiento que entonces nos imponemos no corresponde al orden del *deber*, es una categoría de nuestro placer de lector.

3

El derecho a no terminar un libro

Hay treinta y seis mil motivos para abandonar una novela antes del final: la sensación de ya leída, una historia que no nos engancha, nuestra desaprobación total a las tesis del autor, un estilo que nos pone los pelos de punta, o por el contrario una ausencia de escritura que no es compensada por ninguna razón de seguir adelante... Inútil enumerar las 35.995 restantes, entre las cuales hay que colocar sin embargo la caries dental, las persecuciones de nuestro jefe de oficina o un seísmo amoroso que petrifica nuestra cabeza.

¿El libro se nos cae de las manos?

Que se caiga.

Al fin y al cabo no todo el mundo puede ser Montesquieu para ofrecerse por encargo al consuelo de una hora de lectura.

Sin embargo, entre todas las razones que tenemos para abandonar una lectura, hay una que merece cierta reflexión: el vago sentimiento de una *derrota*. He abierto, he leído, y no he tardado en sentirme sumergido por algo que notaba *más fuerte* que yo. He concentrado mis neuronas, me he peleado con el texto, pero imposible, por más que tenga la sensación de que lo que está escrito allí merece ser leído, no entiendo nada –o tan poco que es igual a nada–, noto una «extrañeza» que me resulta impenetrable.

Lo dejo estar.

O, mejor dicho, lo dejo a un lado. Lo coloco en mi biblioteca con la vaga intención de insistir algún día. El *Petersburgo* de Andrei Biely, Joyce y su *Ulises*, *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, me han esperado durante años. Hay otros que me siguen esperando, algunos de los cuales probablemente no recuperaré jamás. No es un drama, así es la vida. La noción de «madurez» es algo extraño en materia de lectura. Hasta una determinada edad, no tenemos edad para determinadas lecturas, de acuerdo. Pero, contrariamente a las buenas botellas, los buenos libros no envejecen. Nos aguardan en nuestros estantes y somos nosotros quienes envejecemos. Cuando nos creemos suficientemente «maduros» para leerlos, los abordamos de nuevo. Entonces, una de dos: o se produce el encuentro, o es un nuevo fiasco. Es posible que lo intentemos una vez más, quizá no. Pero está claro que no es culpa de Thomas Mann que yo no haya podido, hasta ahora, alcanzar la cumbre de su *Montaña mágica*.

La gran novela que se nos resiste no es necesariamente más difícil que otra..., existe entre ella –por grande que sea– y nosotros –por aptos para «entenderla» que nos estimemos– una reacción química que no funciona. Un buen día *simpatizamos* con la obra de Borges que hasta entonces nos mantenía a distancia, pero permanecemos toda nuestra vida extraños a la de Musil...

Entonces tenemos dos opciones: o pensar que es *culpa nuestra*, que nos falta una casilla, que albergamos una parte irreductible de estupidez, o hurgar del lado de la noción muy controvertida de *gusto* e intentar establecer el mapa de los nuestros.

Es prudente recomendar a nuestros hijos esta segunda solución.

Y más aún cuando puede ofrecer un placer excepcional: releer entendiendo al fin *por qué* no

nos gusta. Y otro placer excepcional: escuchar sin emoción al pedante de turno berrearnos al oído:

–Pero ¿cóooooomo es posible que no le guste Stendhaaaaal?

Es posible.

4

El derecho a releer

Releer lo que me había ahuyentado una primera vez, releer sin saltarme un párrafo, releer desde otro ángulo, releer por comprobación, sí... nos concedemos todos estos derechos.

Pero sobre todo releemos gratuitamente, por el placer de la repetición, la alegría de los reencuentros, la comprobación de la intimidad.

«Más, más», decía el niño que fuimos... Nuestras relecturas de adultos participan de ese deseo: encantarnos con lo que permanece, y encontrarlo en cada ocasión tan rico en nuevos deslumbramientos.

5

El derecho a leer cualquier cosa

A propósito del «gusto», algunos de mis alumnos sufren mucho cuando se encuentran delante del archiclásico tema de redacción: «¿*Se puede hablar de buenas y de malas novelas?*» Como bajo su apariencia de «yo no hago concesiones», son más bien amables, en lugar de abordar el aspecto literario del problema, lo tratan desde un punto de vista ético y sólo consideran la cuestión desde el ángulo de las libertades. De resultas, el conjunto de sus trabajos podría resumirse con esta fórmula: «¡No, no, uno tiene derecho a escribir lo que quiera, y todos los gustos de los lectores son naturales, faltaría más!» Sí..., sí, sí..., posición totalmente honorable.

Que no impide que haya buenas y malas novelas. Se pueden citar nombres, se pueden dar pruebas.

Para ser breve, vayamos al grano: digamos que existe lo que llamaré una «literatura industrial» que se contenta con reproducir hasta la saciedad los mismos tipos de relatos, despacha estereotipos a granel, comercia con buenos sentimientos y sensaciones fuertes, se lanza sobre todos los pretextos ofrecidos por la actualidad para parir una ficción de circunstancias, se entrega a «estudios de mercado» para vender, según la «coyuntura», tal o cual tipo de «producto» que se supone excita a tal o cual categoría de lectores.

Sin lugar a dudas, *malas* novelas.

¿Por qué? Porque no dependen de la creación sino de la reproducción de «formas» preestablecidas, porque son una empresa de simplificación (es decir, de mentira), cuando la novela es arte de la verdad (es decir, de complejidad), porque al apelar a nuestro automatismo adormecen nuestra curiosidad, y finalmente, y sobre todo, porque el autor *no se encuentra en ellas*, así como tampoco la realidad que pretende describimos.

No creamos que estas idioteces son un fenómeno reciente, vinculado a la industrialización del libro. En absoluto. La explotación de lo sensacional, de la obrita ingeniosa, del estremecimiento fácil en una frase sin autor no es cosa de ayer. Por citar únicamente dos ejemplos, tanto la novela de caballerías como, mucho tiempo después, el romanticismo se empantanaron ahí. Y como no hay mal que por bien no venga, la reacción a esta literatura desviada nos dio dos de las más hermosas novelas del mundo: *Don Quijote* y *Madame Bovary*.

Así pues, hay «buenas» y «malas» novelas.

Las más de las veces comenzamos a tropezarnos en nuestro camino con las segundas.

Y, caramba, tengo la sensación de haberlo pasado «formidablemente bien» cuando me tocó pasar por ellas. Tuve mucha suerte: nadie se burló de mí, ni pusieron los ojos en blanco, ni me trataron de cretino. Se limitaron a colocar a mi paso algunas «buenas» novelas cuidándose muy bien de prohibirme las demás.

A eso lo llamo sabiduría.

Durante cierto tiempo, leemos indiscriminadamente las buenas y las malas, de la misma manera que no renunciamos de la noche a la mañana a nuestras lecturas infantiles. Todo se mezcla. Salimos de *Guerra y paz* para volver a sumergirnos en la *Bibliothèque verte*. Pasamos de la

colección Harlequin (historias de médicos guapos y de enfermeras entregadas) a Borís Pasternak y su *Doctor Zhivago*..., un médico guapo también y Lara, ¡una enfermera de lo más entregada!

Y después, cierto día, vence Pasternak. Sin darnos cuenta, nuestros deseos nos llevan a la frecuentación de los «buenos». Buscamos escritores, buscamos escrituras; se acabaron los meros compañeros de juego, reclamamos *camaradas del alma*. La mera anécdota ya no nos basta. Ha llegado el momento de que pidamos a la novela algo más que la satisfacción inmediata y exclusiva de nuestras *sensaciones*.

Una de las grandes alegrías del «pedagogo» es –siempre que esté autorizada cualquier lectura– ver cómo un alumno cierra por su cuenta de un portazo la puerta de la fábrica Best-seller para subir a respirar la casa del amigo Balzac.

6

El derecho al bovarismo (enfermedad de transmisión textual)

Eso es, *grosso modo*, el bovarismo, la satisfacción inmediata y exclusiva de nuestras *sensaciones*: la imaginación brota, los nervios se agitan, el corazón se acelera, la adrenalina sube, se producen identificaciones por doquier, y el cerebro confunde (momentáneamente) lo cotidiano con lo novelesco.

Es nuestro primer *estado* colectivo de lector. Delicioso.

Pero bastante pavoroso para el observador adulto que, casi siempre, se apresura a agitar un «buen título» bajo las narices del joven bovariano, gritando:

–Bueno, supongo que Maupassant es «mejor, ¿no?» Calma..., no cedamos al bovarismo; digámonos que, a fin de cuentas, la propia Emma no era más que un personaje de novela, es decir, el producto de un determinismo en el que las causas sembradas por Gustave sólo engendraban los efectos –por *verdaderos* que fueran– deseados por Flaubert.

En otras palabras, no porque una joven colecciona novelas rosas acabará tragándose un cucharón de arsénico.

Forzarle la mano en esta fase de sus lecturas significa separarnos de ella renegando de nuestra propia adolescencia. Y también privarla del placer incomparable de desalojar mañana, y por sí misma, los estereotipos que, hoy, parecen arrojarla fuera de ella.

Es de sabios reconciliarnos con nuestra adolescencia; odiar, despreciar, negar o simplemente olvidar el adolescente que fuimos es en sí una actitud adolescente, una concepción de la adolescencia como enfermedad mortal.

De ahí la necesidad de acordarnos de nuestras primeras emociones de lectores, y de levantar un altarcito a nuestras antiguas lecturas. Incluidas las más «estúpidas». Desempeñan un papel inestimable: conmovernos de lo que fuimos riéndonos de lo que nos conmovía. No hay duda de que los muchachos y las muchachas que comparten nuestra vida ganan con ello en respeto y en ternura.

Y luego decirse también que el bovarismo es –junto con algunas más– la cosa mejor repartida del mundo: siempre la descubrimos en el otro. No es extraño que a la vez que vilipendiamos la estupidez de las lecturas adolescentes, colaboremos en el éxito de un escritor telegénico, del que nos burlaremos tan pronto como haya pasado de moda. Las modas literarias se explican ampliamente por esta alternancia de nuestros entusiasmos iluminados y de nuestros repudios perspicaces.

Jamás crédulos, siempre lúcidos, pasamos el tiempo sucediéndonos a nosotros mismos, convencidos para siempre de que madame Bovary es el otro.

Emma debía de compartir esta convicción.

El derecho a leer en cualquier lugar

Chalons-sur-Marne, invierno de 1971. Cuartel de la Academia de Artillería.

En el reparto matutino de faenas, el soldado de segunda clase Fulano (Matrícula 14672/1, perfectamente conocido por nuestros servicios) se presenta sistemáticamente como voluntario para la faena menos solicitada, la más ingrata, distribuida casi siempre a título de castigo y que atenta a la más alta honorabilidad: la legendaria, la infamante, la innombrable *faena de letrinas*.

Todas las mañanas.

Con la misma sonrisa. (Interior.) –¿Faena de letrinas?

Adelanta un paso:

–¡Fulano!

Con la gravedad última que precede al asalto, empuña la escoba de la que cuelga la bayeta, como si se tratara del banderín de la compañía, y desaparece, con gran alivio de la tropa. Es un valiente: nadie le sigue. El ejército entero sigue emboscado en la trinchera de las faenas honorables.

Pasan las horas. Le creen perdido. Casi se han olvidado de él. Se olvidan. Reaparece, sin embargo, al final de la mañana, cuadrándose para el parte al brigada de la compañía: «¡Letrinas impecables, mi brigada!» El brigada recupera bayeta y escoba con una honda interrogación en los ojos que jamás llega a formular. (Obligado por el respeto humano.) El soldado saluda, media vuelta, se retira, llevándose consigo su secreto.

El secreto tiene un peso considerable dentro del bolsillo derecho de su traje de faena: 1.900 páginas del volumen que la Pléyade dedica a las obras completas de Nicolás Gógol. Un cuarto de hora de bayeta a cambio de una mañana de Gógol... Cada mañana durante los dos meses de invierno, confortablemente sentado en la sala de los retretes cerrada con siete llaves, el soldado Fulano vuela muy por encima de las contingencias militares. ¡Todo Gógol! De las nostálgicas *Veladas de Ucrania* a los desternillantes *Cuentos petersburgueses*, pasando por el terrible *Tarás Bulba*, y el negro sarcasmo de *Las almas muertas*, sin olvidar el teatro y la correspondencia de Gógol, ese increíble Tartufo.

Porque Gógol es un Tartufo que hubiera inventado a Moliere –cosa que el soldado Fulano jamás habría entendido de haber dejado esta faena para los demás.

Al ejército le gusta conmemorar los hechos de armas.

De éste, sólo quedan dos alejandrinos, grabados en la parte superior de una cisterna, y que se cuentan entre los más suntuosos de la poesía francesa:

*Oui je peux sans mentir, assieds-toi, pédagogue, Affirmer avoir lu tout mon Gogol aux gogues.*¹²

(Por su parte, el viejo Clemenceau, «el Tigre», también él un famoso soldado, daba gracias a

¹² «Sí, puedo sin mentir, siéntate, pedagogo, / afirmar haber leído todo mi Gógol en las letrinas.» (N. del T.)

un estreñimiento crónico, sin el cual, afirmaba, jamás habría tenido la dicha de leer las *Memorias* de Saint-Simon).

8

El derecho a hojear

Yo hojear, nosotros hojeamos, dejémosles hojear. Es la autorización que nos concedemos para coger cualquier volumen de nuestra biblioteca, abrirlo por cualquier lugar y sumirnos en él un momento porque sólo disponemos precisamente de ese momento. Algunos libros se prestan mejor que otros a ser hojeados, por componerse de textos breves y separados: las obras completas de Alphonse Allais o de Woody Allen, las novelas cortas de Kafka o de Saki, los *Papiers collés* de George Perros, aquel buen viejo de La Rochefoucauld, y la mayoría de los poetas...

Dicho eso, se puede abrir a Proust, a Shakespeare o la *Correspondencia* de Raymond Chandler por cualquier parte, hojear aquí y allá, sin correr el menor riesgo de sentirse decepcionado.

Cuando no se dispone ni del tiempo ni de los medios para regalarse con una semana en Venecia, ¿por qué negarse el derecho a pasar allí cinco minutos?

9

El derecho a leer en voz alta

Yo le pregunto:

–¿Te leían historias en voz alta cuando eras pequeña?

Ella me contesta:

–Jamás. Mi padre viajaba con mucha frecuencia y mi madre estaba demasiado ocupada.

Yo le pregunto:

–Entonces, ¿de dónde te viene este gusto por la lectura en voz alta?

Ella me contesta:

–De la escuela.

Contento de oír que alguien reconoce un mérito a la escuela, exclamo, lleno de alegría:

–¡Ah! ¿Lo ves?

Ella me dice:

–En absoluto. En la escuela nos *prohibían* la lectura en voz alta. La lectura silenciosa ya era el credo de la época. Directo del ojo al cerebro. Trascipción instantánea. Rapidez, eficacia. Con un test de comprensión cada diez líneas. ¡La religión del análisis y del comentario desde el primer momento! ¡La mayoría de los chavales se cagaban de miedo, y sólo era el principio! Todas mis respuestas eran exactas, por si quieres saberlo, pero, de vuelta en casa, lo releía todo en voz alta.

–¿Por qué?

–Para maravillarme. Las palabras pronunciadas comenzaban a existir fuera de mí, vivían realmente. Y, además, me parecía que era un acto de amor. Que era el amor mismo. Siempre he tenido la impresión de que el amor al libro pasa por el amor a secas. Acostaba mis muñecas en mi cama, en mi sitio, y yo les leía. A veces me dormía a sus pies, sobre la alfombra.

La escucho..., la escucho, y me parece Thomas, borracho como la desesperación, poemas con su voz catedralicia...

La escucho y me parece ver al viejo Dickens, al enjuto y pálido Dickens, muy cerca de la muerte, subir al escenario..., su gran público de iletrados repentinamente petrificado, silencioso hasta el punto de que se oye abrir el libro..., *Oliver Twist*..., la muerte de Nancy..., ¡nos leerá la muerte de Nancy!...

La escucho y oigo a Kafka riéndose hasta llorar al leer *La metamorfosis* a Max Brod, que no está seguro de seguirle..., y veo a la pequeña Mary Shelley ofrecer grandes fragmentos de su *Frankenstein* a Percy y a los compañeros hechizados.

La escucho, y aparece Martin du Gard leyendo a Gide sus *Thibault*..., pero Gide no parece oírle..., están sentados al borde de un río... Martin du Gard lee, pero la mirada de Gide no está allí..., los ojos de Gide se dirigen a la lejanía, donde dos adolescentes se zambullen..., una perfección que el agua viste de luz... Martin du Gard está furioso..., pero no, ha leído bien..., y Gide lo ha entendido

todo... y Gide le dice todo lo bueno que piensa de sus páginas..., pero, de todos modos, quizá convendría modificar esto y aquello, aquí y allí...

Y Dostoievski, que no se contentaba con leer en voz alta, sino que *escribía* en voz alta... Dostoievski, sin aliento, después de haber aullado su requisitoria contra Raskolnikov (o Dimitri Karamazov, ya no sé)... Dostoievski preguntando a Anna Grigorievna, la esposa estenógrafa: «¿Qué? ¿Cuál es tu opinión? ¿Eh? ¿Eh?»

ANNA: ¡Culpable!

Y el mismo Dostoievski, después de haberle dictado el alegato de la defensa...: «¿Qué? ¿Qué?»

ANNA: ¡Inocente!

Sí...

¡Extraña desaparición la de la lectura en voz alta. ¿Qué habría pensado de esto Dostoievski? ¿Y Flaubert? ¿Ya no tenemos derecho a meternos las palabras en la boca antes de clavárnoslas en la cabeza? ¿Ya no hay oído? ¿Ya no hay música? ¿Ya no hay saliva? ¿Las palabras ya no tienen sabor? ¡Y qué más! ¿Acaso Flaubert no se gritó su *Bovary* hasta reventarse los tímpanos? ¿Acaso no es el más indicado para saber que la comprensión del texto pasa por el *sonido* de las palabras de donde sacan todo su sentido? ¿Acaso no sabe como nadie, él, que peleó tanto contra la música intempestiva de las sílabas, la tiranía de las cadencias, que el *sentido* es algo que se *pronuncia*? ¿Cómo? ¿Textos mudos para espíritus puros? ¡A mí, Rabelais! ¡A mí, Flaubert! ¡Dosto! ¡Kafka! ¡Dickens, a mí! ¡Gigantescos berreadores de sentido, aquí inmediatamente! ¡Venid a soplar en nuestros libros! ¡Nuestras palabras necesitan cuerpos! ¡Nuestros libros necesitan vida!

La verdad es que el silencio del texto es cómodo..., no se arriesga en él la muerte de Dickens, a quien sus médicos suplicaban que *callara* al fin sus novelas..., el texto y uno mismo..., todas esas palabras amordazadas en la acogedora cocina de nuestra inteligencia..., ¡cómo se siente alguien en esta silenciosa elaboración de nuestros comentarios!... y después, al juzgar el libro para nuestros adentros, no corremos el riesgo de ser juzgados por él... porque, a partir de que la voz se mezcla, el libro dice muchas cosas sobre su lector..., el libro lo dice todo.

El hombre que lee en viva voz se expone del todo. Si no *sabe* lo que lee, es ignorante en sus palabras, es una calamidad, y eso se nota. Si se niega a habitar su lectura, las palabras no pasan de letras muertas, y eso se siente. Si llena el texto con su presencia, el autor se retracta, es un número de circo, y eso se ve. El hombre que lee en viva voz se expone absolutamente a los ojos que lo escuchan.

Si lee realmente, si pone en ello su saber controlando su placer, si su lectura es un acto de *simpatía* tanto para el auditorio como para el texto y su autor, si consigue hacer entender la necesidad de escribir despertando nuestras más oscuras necesidades de comprender, entonces los libros se abren de par en par, y la multitud de los que se creían excluidos de la lectura se precipita detrás de él.

10

El derecho a callarnos

El hombre construye casas porque está vivo, pero escribe libros porque se sabe mortal. Vive en grupo porque es gregario, pero lee porque se sabe solo. Esta lectura es para él una compañía que no ocupa el lugar de ninguna otra pero que ninguna otra compañía podría sustituir. No le ofrece ninguna explicación definitiva sobre su destino pero teje una apretada red de connivencias que expresan la paradójica dicha de vivir a la vez que iluminan la absurdidad trágica de la vida. De manera que nuestras razones para leer son tan *extrañas* como nuestras razones para vivir. Y nadie tiene poderes para pedirnos cuentas sobre esa intimidad.

Los escasos adultos que me han dado de leer se han borrado siempre delante de los libros y se han cuidado mucho de preguntarme qué había *entendido* en ellos. A éstos, evidentemente, hablaba de mis lecturas. Vivos o muertos, yo les dedico estas páginas.